

Reseñas

Paul LYDON, *A Catalogue of Records Retained by Hospices and Related Organisations in the UK and the Republic of Ireland*, Sheffield, European Association for the History of Medicine and Health Publications, 1998, xiv, 124 pp. ISBN: 0-9527045-8-7.

Hospice care for the dying has developed rapidly around the world in recent years. This catalogue is the product of Sheffield University's pioneering Hospice History Project set up in 1995, and is the first to list extant hospice records. It covers 90 hospices (and three related organisations) founded since 1850, most of them since 1960. A few have become defunct; the vast majority are still working.

The information for the volume, which does not claim complete coverage, was compiled from site visits, surveys and telephone enquiries. After a short introduction and list of useful addresses, institutions are listed by county within country; brief background information is provided on each, and where relevant oral history interviews have been conducted, this is noted.

Most of the hospices are in the voluntary sector, where records, especially non-clinical items, are largely beyond the scope of statutory legislation, and methods of record-keeping are often highly individual. Lydon has listed them as far as possible in a standardised format, and in the appendix he provides advice on archiving and record-keeping. This makes this volume all the more welcome, as nearly all these records are kept on site, and thus at risk. Only the records of a few defunct hospices are in official places of deposit.

It is to be hoped that by raising awareness of the value of hospice records, this volume will encourage the transfer of archival material to specialist repositories.

JOAN MOTTRAM
Centre for the History of Science, Medicine and Technology,
Universidad de Manchester

BURNHAM, John C. *How the Idea of Profession Changed the Writing of Medical History*, London, Wellcome Intitute for the History of Medicine [*Medical History Supplement*, No. 18], 1998, 195 pp. ISBN: 0-85484-067-2 [32 £, USA \$ 50].

Nos encontramos ante un libro atípico en la historiografía de la Historia de la Medicina. El autor se plantea como objeto de estudio no tanto la historia de la profesión médica sino la influencia que un concepto sistemático («la idea de profesión») ha tenido sobre las investigaciones y narraciones históricas.

Para ello se remonta al siglo XVII, periodo en el que la historia médica comenzó a utilizar este concepto. A partir de aquí, analiza el tratamiento dado por los investigadores al mismo durante los siglos XIX y XX y, especialmente, durante este último. El autor parte del reconocimiento, que le honra, de que historias como éstas, que comienzan tratando una materia de gran importancia en el tiempo actual y vuelven a sus raíces en el pasado, son implícitamente presentistas. Su objetivo último es dar respuesta a la cuestión de cómo la idea de profesión se ha forjado en el trabajo de los historiadores de finales de siglo XX, a partir de las aportaciones de los historiadores anteriores.

Sobre la historia de las profesiones en general, el autor ha distinguido tres oleadas de análisis historiográfico. Una primera autocongratulatoria y presentista, escrita por los propios practicantes profesionales que escriben sobre sus propios relatos. Lo que ellos entendían como un triunfal progreso hacia el presente. Esta progresiva versión del ímpetu de las profesiones sincronizó con otras narrativas de modernización presentando a los profesionales como la vanguardia de lo moderno. No es sorpresa, pues, que la segunda oleada historiográfica pusiera el énfasis en las motivaciones individuales y los intereses colectivos profesionales. Los ideales de servicio, glorificados en la primera oleada, pasaron a convertirse en ventajas económicas y sociales. La tercera comprende documentadas historias que colocan la historia de las profesiones en su específico contexto político, cultural y social, sentando las bases de estudios comparativos.

Cronológicamente establece cinco periodos diferenciados, representados en otros tantos capítulos. Un primer periodo, desde el comienzo de la historia de la medicina (en torno a 1690) hasta 1900, periodo en el que sólo ocasionalmente se estudiaron las ideas anexas al concepto de profesión (autonomía, ética, experiencia). Los médicos historiadores de este periodo escribieron sobre el desarrollo de la teoría y la práctica médica basándose en experiencias individuales y en escuelas de pensamiento y enseñanza. A finales del siglo XIX,

los descubrimientos científicos construyeron una imagen ideal de los médicos y ello se plasmó en historias de la medicina que llegaron a presentarlos como «grandes innovadores y descubridores, que bravamente defendían ideas nuevas descartando las viejas». Este enfoque reforzó la llamada historia de las ideas, ahora basada sobre un desarrollo cronológico de progresivos descubrimientos científicos. Las relaciones sociales entre médicos fueron desatendidas, aunque unos pocos historiadores utilizaron la historia de la medicina para reflexionar sobre problemas contemporáneos, tales como la educación médica, la ética o la competencia con otros sanadores no cualificados.

Durante las primeras décadas del siglo XX, la historia médica se institucionalizó como disciplina en las escuelas de medicina europeas y norteamericanas. Los responsables de las mismas lo eran generalmente a tiempo parcial y de una forma amateur. Estos médicos historiadores escribieron biografías e historias de las nuevas especialidades e instituciones, en las cuales se enfatizaba el progreso de la medicina y se examinaban las relaciones entre los médicos, pero desde una perspectiva más personal que profesional.

A partir de la mitad de la presente centuria, los sociólogos comenzaron a examinar las profesiones como concepto sociológico, incluyendo su estatus en la sociedad, sus agrupaciones profesionales, las instituciones de enseñanza y las relaciones interpersonales (como clientes, pacientes o patronos). Así, formularon el concepto de «profesionalización» como el proceso por el cual las profesiones han surgido a lo largo del tiempo. Como señala el autor, a partir de los años cincuenta los «historiadores de la sociedad» en general y en menor medida los historiadores de la medicina, prestaron especial atención al estudio de las profesiones y de la profesión médica. No en vano la medicina se había convertido a lo largo del siglo en el modelo de profesión, «con una impactante mezcla de altruismo y poder». Este fenómeno no es ajeno al fenómeno de la medicalización de la sociedad. En este sentido, podemos afirmar que la profesión médica ha representado mejor que cualquier otra al poder. A comienzos de los 60 los historiadores sociales aplicaron el concepto a la historia de algunas profesiones e incorporaron contextos históricos, institucionales y dimensiones comparativas con objeto de hacerlo más histórico que sociológico. La medicina, como hemos dicho, pasó a ser «el modelo de profesión dentro del campo de la historia de las profesiones» y fue investigado por los médicos y los historiadores generales en muchos países. Ellos descubrieron que lo que tan a menudo se había infravalorado entre los médicos del pasado no era la existencia sino el poder de la idea de profesión.

Para la década de los setenta el interés en las profesiones menguó y los sociólogos volvieron su atención hacia el papel que jugaban los profesionales

en una sociedad cada vez más burocratizada. Respecto a las especialidades médicas, otras cuestiones focalizaron la atención de la sociología de la medicina.

Los historiadores de la medicina, plantea Burham, habían mostrado inicialmente poco interés por el concepto de profesión, motivado, quizás, porque la mayoría de ellos eran miembros de las escuelas y facultades médicas y los nuevos historiadores sociales estaban interesados en otro tipo de problemas.

Durante el siglo XIX, por ejemplo, muchos investigadores veían como una distracción, que debía ser ignorada, cualquier alusión a la profesión como colectivo con sentido social. Sin embargo, un siglo después los historiadores de la medicina usamos el moderno concepto de profesión rutinariamente: una profesión es un grupo de personas que funciona como una entidad social.

El concepto está cargado de numerosas ambigüedades culturales, en parte porque el paso del tiempo le ha añadido numerosos significados, pero nadie duda de su importancia actual. De ello da cuenta el número de trabajos publicados sobre el tema. Para el año 1985, por ejemplo, se contabilizaron 250 libros sobre la materia «profesión». De hecho, el propio término lingüístico aparece en todos los idiomas europeos y se encuentra con frecuencia en documentos primarios de la medicina occidental desde la Edad Media al presente.

¿Por qué, se plantea el autor, la idea de profesión ha sido tan especial para los historiadores de la medicina? En la conclusión explora extensamente qué materiales históricos de las distintas generaciones de historiadores de la medicina pueden contestar la cuestión. La categoría de profesión pasó a formar parte de la agenda de los historiadores como un problema en sí mismo, no formando parte de una historia social más amplia.

En definitiva, esta historia tiene fundamentalmente tres grupos protagonistas: los historiadores de las profesiones, los sociólogos de las profesiones y los historiadores de la medicina. Burham narra de manera fluida y, a mi modo de ver, brillante, la forma en que los historiadores de la medicina (en el amplio sentido anglosajón de profesionales que han escrito sobre materias médicas) han usado la idea de profesión en los distintos periodos históricos, beneficiándose unos del trabajo de los otros y ampliando sus investigaciones a todas aquellas materias relacionadas con la profesión: esto es, la autonomía profesional, la experiencia, la ética, las relaciones con los pacientes y con otro tipo de profesionales médicos. No se trata, pues, de una historia de la profesión médica (para eso véanse los trabajos de Gelfand, Geison, Malatesta, Bledstein y recientemente Pelling, Burrage y Torstendahl, autores que han rastreado el

uso del término en los distintos contextos históricos y nacionales —para el contexto español el autor menciona los trabajos de García Ballester, Albarracín, Laín y Ortiz—).

Se trata, en definitiva, de un excepcional relato acerca de las ideas de los historiadores de la medicina sobre la profesión médica y el contexto en el cual estas ideas aparecieron. De imprescindible lectura, a mi modo de ver, para historiadores «generales», de la medicina, así como de otras especialidades. La presente reseña no aspira, en modo alguno a describir pormenorizadamente los muchos entresijos en el sucinto y seminal estudio de un concepto clave en la historia de la medicina, de cualquier modo, el libro está abierto a la discusión y al debate y a la incorporación de experiencias de contextos históricos alejados del mundo occidental y anglosajón.

MIKEL ASTRAIN GALLART
Universidad de Granada

Guenter B. RISSE. *Mending Bodies, Saving Souls: A History of Hospitals*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1999, 716 pp. ISBN: 0-19-505523-3 [USA \$ 39.95].

El libro que comento es, como afirma su subtítulo, «una historia de hospitales», no una «historia del hospital». El matiz posee un gran relieve, puesto que, de no advertirlo inicialmente —como confieso que fue mi caso— la sorpresa puede ser mayúscula, aunque no por ello menos agradable. Debo apresurarme a advertir que creo que nos encontramos ante una obra muy importante, que tanto cierra una cierta época y tradición historiográfica, como abre nuevos horizontes. La factura narrativa, novelesca en el mejor sentido de la expresión, esto es, dotada de intriga y ligada a avatares personales, no dejaría traslucir la densidad de sus apoyos heurísticos si no fuera por el goteo pausado de las cifras que identifican las 150 a 200 notas por capítulo. Se deja advertir el firme desarrollo de una erudición historicomédica deudora de fuentes, tradiciones y metodologías muy diversas, que recoge cosechas de varias décadas de trabajo historiográfico (sobre historia política, social, económica, de la enfermedad, de las religiones...), al mismo tiempo que la asunción de nuevos retos historiográficos le confieren una viveza palpitante. Es una obra que recapitula y, a la vez, avanza; que es, en suma, un gran resultado y una excelente promesa.

Los dos rasgos metodológicamente destacados de este texto son la personalización y la contextualización. La estructura del libro está formada por

doce capítulos temáticos, referidos a épocas y problemas determinados, desde la antigüedad clásica y la confluencia de lo sagrado y lo profano en los ritos curativos de la antigüedad al trasplante de órganos y la atención al Sida a finales del siglo veinte. A su vez, cada capítulo despliega dos o tres episodios concretos, en el entorno de una institución (que puede ser el Pantocrator de Constantinopla, el Hospital General de Viena de finales del siglo XVIII o el Hospital católico Mercy de Buffalo) y que se organizan en torno a una presencia humana, una persona enferma, identificada hasta donde permiten las fuentes (y la ética, en los casos contemporáneos), con testimonios de todas las épocas (Aelio Aristides y Claudio Terentiano del siglo II; el abad Purchard de San Gall en el siglo X; una vecina sospechosa de padecer lepra en Diedenhofen, municipio de Colonia, a finales del siglo XV, llamada Greta Swynmen Thielen; el soldado veterano Jacques Dumesnil, atendido en el Hospital Necker en 1818, o la atropellada Paula S., en Madison, Wisconsin, en 1930, entre otras). En todos los casos, el autor expone en primer lugar el caso individual, de donde pasa al estudio de la institución local y de ella al contexto nacional e internacional. De manera sistemática aborda las explicaciones sobre las personas que atienden el centro, los objetivos del mismo según su plan de creación y sus modificaciones, su estructura económica y organización administrativa, así como la caracterización de las personas atendidas y los contenidos de los ritos curativos seguidos, incluidos los aspectos científicos y tecnológicos. El análisis del caso individual le permite acercarse a la historia de las enfermedades con notable oportunidad y agudeza, incluyendo sus aspectos sociales y culturales. Creo que una cita de Osler (p. 421), en la que se iguala la capacidad científica de sus días con la tradicional vinculación religiosa de los procedimientos curativos («La fe en *San Johns Hopkins* garantiza la curación de modo tan milagroso como las curas de Asclepio en Epidauro») nos da una clave para atisbar el enfoque que ha querido dar el autor y su definición de «rituales» a los actos de admisión y manejo de pacientes que acontecen en el interior de estas instituciones a través de los tiempos.

La característica personalización no se agota en esta particular estrategia narrativa, sino que se extiende a la explicación del autor, incluida en un Prefacio, sobre su vinculación particular con el fenómeno hospitalario. Esta breve autobiografía, que subraya su contacto como alumno y como profesional con distintas instituciones argentinas y norteamericanas, ayuda a explicar la selección de los casos en la parte correspondiente al siglo veinte. En efecto, los seis primeros capítulos acogen solamente ejemplos y casos del Viejo mundo (incluyendo Constantinopla, Jerusalén, Edimburgo, Viena o París) entre la antigüedad clásica y los comienzos del siglo XIX; los dos siguientes cubren el siglo XIX con dos ejemplos europeos (Edimburgo y Hamburgo) junto a dos

estadounidenses (Boston y Baltimore), y los cuatro restantes están ocupados exclusivamente por casos procedentes de este último origen (Madison, Buffalo y dos de San Francisco). La Introducción, por su parte, expone sus criterios historiográficos y subraya, como punto de partida de su trabajo, la tensión generada en la práctica hospitalaria contemporánea por los fenómenos que sucintamente podemos etiquetar como «deshumanización», con la pérdida de la calidez de la *hospitalidad* y el incremento de la manipulación anónima y cada vez más mediada tecnológicamente de las personas enfermas. Se esfuerza, dice, por evitar las abstracciones, de manera que (en mi opinión) este baño antropológico actúe de manera más eficaz sobre las conciencias. Si rechazamos las pretensiones magistrales de la historia, no por ello hemos de negarnos a reconocer y practicar su capacidad crítica.

En esta estructura narrativa, el autor muestra su maestría en el manejo de informaciones de amplio espectro, tanto fuentes primarias como secundarias, y tanto escritas como orales. La historiografía reciente, del ámbito publicístico anglogermánico en particular, está perfectamente recogida. La bibliografía está recogida exclusivamente en notas, dispuestas detrás de cada capítulo, lo que motiva algunas mínimas disonancias al no mantenerse un criterio uniforme en la presentación de las referencias (la nota 115 de la página 114 cita incorrectamente a Luis García Ballester como único autor de *Practical Medicine from Salerno to the Black Death*, CUP, 1994, que sin embargo está corregido en la nota 122 de la p. 163, donde se cita como obra coeditada por García Ballester, R. French, J. Arrizabalaga y A. Cunningham).

El libro es sumamente recomendable. Su presentación de los hospitales en el mundo antiguo y moderno es una síntesis perfecta. Los capítulos dedicados al siglo veinte encierran, para los europeos continentales escasamente familiarizados con las estructuras asistenciales norteamericanas, además, una perspectiva global sobre esta tradición ajena, llena de detalles precisos, y que no se acaba en una historia institucional: poniendo a las personas enfermas en el centro de la acción, construyendo sus explicaciones en torno a ellas, Risse es capaz de darnos una historia global, social y cultural, de toda la medicina de la tradición occidental.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA
Universidad de Granada

Víctor NAVARRO BROTONS; Enrique RODRÍGUEZ GALDEANO. *Matemáticas, cosmología y humanismo en la España del siglo XVI. Los «comentarios al segundo libro de la historia natural de Plinio» de Jerónimo Muñoz*, Valencia, Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia Universitat de València- C.S.I.C. [Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia, vol. LIV], 1998, 664 pp. ISBN: 84-370-3477-9 [2.200 ptas.].

Aunque la fecha de edición sea la de 1998, esta magnífica obra no salió a la luz hasta hace muy pocos meses, ya en la segunda mitad del pasado año de 1999.

El voluminoso volumen de cerca de 700 páginas contiene, tal como señala el título, dos textos muy diferenciados. El primero, *Matemáticas, cosmología y humanismo en la España del Siglo XVI. La obra de Jerónimo Muñoz*, está firmado únicamente por Víctor Navarro, mientras que del segundo, *Jerónimo Muñoz. Comentarios al segundo libro de la Historia Natural de Plinio*, se responsabilizan los dos autores arriba citados.

Matemáticas, cosmología y humanismo constituye, ante todo, un espléndido ensayo de las ciencias matemáticas en la España del siglo XVI y, muy particularmente, en los años de Felipe II. El autor recorre diferentes aspectos de la actividad científica y académica a través de la figura de Jerónimo Muñoz; sin duda uno de los grandes científicos que ha dado España, olvidado y desconocido, como tantos otros, pero cuya actividad se está empezando a conocer en profundidad gracias al esfuerzo desarrollado por Víctor Navarro, quien a lo largo de muchos años de intensa dedicación está recuperando para la cultura nacional las obras más relevantes del sorprendente matemático valenciano.

El volumen se inicia con unos *Agradecimientos* que son, ante todo, un ejercicio de humildad investigadora y personal, actitud que lamentablemente no suele ser muy habitual. El Profesor Navarro se lamenta de haber omitido, por desconocimiento, la existencia de diversas obras manuscritas de Jerónimo Muñoz en la edición que en 1981 elaboró sobre el *Libro del nuevo cometa* de este autor. Subsana esta «deficiencia» ha sido uno de los motivos que le impulsaron a preparar esta edición que aquí se reseña.

Tras una breve pero precisa biografía de Jerónimo Muñoz, en donde se aprovecha para analizar la actividad científica y académica de instituciones como la Universidad de Salamanca y la de Valencia, Navarro Brotons estudia y critica con detenimiento y minuciosidad, a lo largo de cien páginas, *los escritos de Jerónimo Muñoz*, clasificados por materias. Así las cuatro obras impresas y las

once manuscritas —localizadas en diferentes bibliotecas españolas, danesas, alemanas e italianas— se analizan con cuidado y detalle para poder resaltar las aportaciones de Muñoz a los campos de las matemáticas (aritmética, geometría y trigonometría), de la óptica, de la astronomía y geografía, de la astrología y de la historia natural. Para poder valorar en toda su magnitud la obra de Muñoz, Navarro Brotons comenta, particularmente en más de trescientas notas a pie de página, las afirmaciones e hipótesis del matemático valenciano contrastándolas con las de los autores más significativos tanto de la época como de la antigüedad clásica.

En otros tres apartados posteriores, se intenta centrar la figura y la obra de Muñoz en el contexto de la crisis renacentista y presentarle como modelo para perfilar al astrónomo de la segunda mitad del siglo XVI español. Se recalca su influencia entre los matemáticos nacionales, como Pérez de Mesa, Álava y Viamont o Cedillo Díaz, y la fama que adquirió en Europa, como lo prueban las citas que le hicieron científicos de tanto prestigio como Hagecius, Brahe, Gilbert o Galileo.

Como preparación o introducción a la segunda parte del volumen, Navarro incluye en esta primera un documentadísimo estudio sobre los distintos comentarios realizados tanto en la Europa renacentista como en la España de la época sobre la Historia Natural de Plinio, a la que considera como «la obra más importante y difundida entre las dedicadas a divulgar los conocimientos sobre la naturaleza, de las escritas por los autores latinos de la antigüedad».

Este primer texto concluye con una extensísima relación de fuentes y otra no menos exhaustiva de literatura secundaria y un cuidado índice onomástico, muy de agradecer por los lectores.

Matemáticas, cosmología y humanismo en la España del Siglo XVI. La obra de Jerónimo Muñoz es, sin duda, uno de los grandes trabajos que sobre la ciencia del dieciséis se ha publicado en España y debe marcar un punto de inflexión en la investigación y en el conocimiento sobre la actividad científica española, al igual que sucedió en 1979 con *Ciencia y Técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII* del Profesor José María López Piñero.

El ensayo de Víctor Navarro, además de reflejar y dar prueba de la profunda erudición de su autor, debe ser lectura imprescindible y obligada de quien desee conocer y entender el acontecer científico, en muchas de sus ramas, durante el siglo XVI no sólo en España sino en el resto de Europa. Pero, al mismo tiempo, facilita numerosos datos y claves para poder comprender la astronomía y las matemáticas de la antigüedad clásica.

La segunda parte del volumen recoge la versión original latina de los *Comentarios al Libro Segundo de la Historia Natural de Plinio*, realizados por Jerónimo Muñoz en torno a 1570. La obra está recogida en un manuscrito autógrafo que se encuentra en el Arnamagnaeansque Institute de Copenhague y en una copia incompleta que se halla depositada en la Bayerische Staatsbibliothek de Munich.

Junto al texto latino se ofrece una cuidada y rigurosa traducción al castellano, que se ilustra con doscientas notas a pie de página, en las que se comentan y explican los conceptos utilizados por Muñoz y en donde se revisan los datos y cálculos que aparecen en el texto. Muchas de las notas son auténticos análisis, amplios y rigurosos, sobre las opiniones de un gran número de autoridades respecto a infinidad de cuestiones de naturaleza científica, y contrastados, en muchos casos, con lo que afirman los más prestigiosos historiadores europeos de la actualidad. Todo lo cual contribuye a facilitar la lectura y hacer accesible el texto de Muñoz a lectores sin una especial formación científico-matemática.

El volumen, en su conjunto, atrae por su variado contenido, es fuente de la más rica información, impresiona por la erudición de sus autores y se presenta, por su rigor y profundidad, como el modelo a seguir por los historiadores en la recuperación del pasado científico español.

MARIANO ESTEBAN PIÑEIRO
Universidad de Valladolid

W. F. BYNUM; Caroline OVERY (eds.). *The Beast in the Mosquito: the Correspondence of Ronald Ross & Patrick Manson*, Amsterdam-Atlanta, GA., Editions Rodopi B.V. [Clio Medica, 51; The Wellcome Institute Series in the History of Medicine], 1998, 528 pp. ISBN: 90-420-0721-4 (Paper), 90-420-0731-1 (Bound), [USA \$ 42.00].

Este libro da a conocer, por primera vez, las 255 cartas que se conservan de las cursadas entre los médicos británicos Ronald Ross (1857-1932), firmante de 135, y Patrick Manson (1844-1922), autor de las 120 restantes, entre el 9 de abril de 1894 y el 14 de diciembre de 1920. Se ofrece así una sustancial aportación a la historia de la formación de la Parasitología, pues permite el acceso directo a esta fuente capital que se había usado hasta la fecha sólo a través del empleo que de ella hizo el propio Ross en sus *Memorias*, publicadas después de la muerte de Manson. La mayoría de estas cartas y telegramas se

DYNAMIS. Acta Hisp. Med. Sci. Hist. Illus. 2000, 20, 553-598.

custodia en la *London School of Hygiene and Tropical Medicine*, algunas en el *Royal College of Physicians and Surgeons* de Glasgow y otras cuantas las guarda un descendiente de Manson. El grueso de esta correspondencia (170 cartas, que son también las más extensas) cubre la estancia en la India de Ronald Ross, entre 1895 y 1899. La edición se completa con una minuciosa anotación (personas, publicaciones, relaciones cruzadas), un índice temático no menos detallado, un glosario, un apéndice biográfico que incluye las figuras más sobresalientes de las citadas en la correspondencia y una introducción en 20 páginas, clara y precisa. En ella se nos presentan, sucesivamente, a los protagonistas del intercambio epistolar, sus relaciones durante el tiempo hindú, que incluye la elucidación por Ross del problema de la transmisión del paludismo a través de una determinada especie de mosquitos, sus relaciones en Inglaterra una vez repatriado aquel y asentado en Liverpool, y la etapa final de enfriamiento.

La correspondencia es, primariamente, un intercambio científico; en este sentido, abundan los esquemas y dibujos, recogidos mediante escaneo. Su primera preocupación es la parasitología y en particular el problema palúdico. Escoceses ambos, su pensamiento estuvo imbuido de la mentalidad imperial británica, sin sombra alguna de duda. La investigación era una vía para el Imperio, y la acechanza de rapaces alemanes, italianos, franceses o norteamericanos actuaba como el mejor acicate en sus trabajos. Recordemos que Ross, médico del servicio militar británico en la India, conoció a través de Manson, notoria personalidad establecida en Londres, no sólo la forma de observar el plasmodio malárico en sangre, sino que obtuvo lo que llamó la *Grand Induction*, esto es la hipótesis de trabajo de que los mosquitos ocupaban un lugar en la cadena de transmisión del parásito —de modo similar a lo establecido por Manson para la filariasis en 1877-78—. Ross no sólo consiguió demostrar que el plasmodio se desarrollaba en el interior del mosquito, sino que la enfermedad se contraía sólo mediante la picadura de un mosquito infectado. Sus hallazgos experimentales se realizaron en julio de 1898, mediante el empleo de pájaros, y condujeron a una enojosa batalla de prioridades con el grupo de investigadores italianos en torno a Giovanni B. Grassi (1854-1925), quienes a partir de agosto del mismo año desvelaron el ciclo palúdico en seres humanos, exactamente con los mismos elementos. El Nobel concedido en solitario a Ross en 1902 no sirvió para resolver la polémica, sino que la avivó por el desaire sufrido por los paludólogos mediterráneos.

Pero, como afirman los editores en su límpida introducción, no sólo se trata de mosquitos y parásitos. La relación epistolar, que se inició como un vínculo discipular en la distancia (durante el periodo indostánico, la frecuencia de los intercambios, mediada por las dos semanas de correo, era, aproxi-

madamente de 2 ó 3 cartas de Ross por cada una de Manson), trata también de personas, y muy señaladamente del propio Ross. Muestra con claridad lo que los editores tildan de *culture of complaint* del joven ambicioso, que encerrado en los límites de las ordenanzas y la rutina militares, conforme se va fortaleciendo en su habilidad investigadora pretendió alcanzar una mayor proyección social y, para conseguirla, presionó a Manson, quien no le negó su apoyo en los momentos decisivos. Este apoyo era bidireccional, por supuesto, en la medida que las aportaciones del joven discípulo ampliaban la legitimación de la nueva disciplina de Medicina Tropical, que Manson propugnaba y al servicio de la cual se crearon importantes instituciones docentes y de investigación y se abrieron líneas de financiación. A medida que el interés de Ross cambió de orientación desde los contenidos y progresos científicos a los de la vindicación de su aportación personal, esto es la preocupación por su participación en el descubrimiento del modo de transmisión del paludismo, se advierte igualmente el enfriamiento sufrido en las relaciones entre ambos. Es significativo que Manson conociera la concesión del Nobel a Ross por los periódicos, o que no exista una carta de condolencia de Ross por la muerte del hijo de su mentor. Al mismo tiempo, esta correspondencia nos transmite la excitación del inquisidor ante la naturaleza, cuando el curioso alcanza *the very breathless heights of science*. Altitud donde el aire aparentemente se enrarece hasta afectar de tal manera la percepción que puede quebrar incluso los más fuertes vínculos amistosos. Pero el respeto y la gratitud no son estrictamente cuestiones de justicia, sino expresión de generosidad moral.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA
Universidad de Granada

CAMPOS MARIN, Ricardo. *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1876-1923)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas [Colección Estudios sobre las Ciencias, nº 23], 1997, 303 pp. ISBN: 84-00-07679-6 [3847 ptas. / 23.13 euros].

Uno de los fenómenos más llamativos del panorama historiográfico contemporáneo en nuestro país y observado en los últimos años, sobre todo en los trabajos dedicados al estudio de la llamada «cuestión social», es la completa ausencia de referencias al papel que jugó el concepto de salud en la configuración del sistema liberal-burgués, así como a la importancia que tuvieron las enfermedades sociales en el inicio y desarrollo del proceso de reforma social. En consecuencia, los trabajos publicados en el ámbito de la historia general no

sólo ignoran el alto grado de politización que tuvieron los fenómenos relacionados con la salud y la enfermedad entre la clase obrera, sino también la tarea y el lugar preponderante que ocupó la Medicina social en el esquema del sistema de Asistencia Liberal español.

Es por ello de agradecer el libro de Ricardo Campos sobre los aspectos médico-sociales del alcoholismo en la España de la Restauración en donde se nos ofrece mucho más de lo que podríamos esperar de tan escueto y, al mismo tiempo, sugerente título. En efecto, la lectura de esta obra nos brinda la oportunidad de comprender mucho mejor la contradicción que suponía el intento de solucionar, a través de la ciencia y de la técnica, problemas cuyas causas sociales eran innegables. El papel mediador de la ciencia en general y de la medicina en particular se ve claramente reflejado en las discusiones generadas en torno al problema del alcoholismo, donde los argumentos científicos irrumpieron con la intención de amortiguar los antagonismos de clase que venían expresándose tradicionalmente en términos políticos y económicos. De esta forma, al hilo de la lectura, podemos observar cómo van aflorando, una tras otra, las tensiones generadas por un proceso de normalización social en el que la ciencia será interpretada y utilizada por los distintos estratos sociales para intentar lograr sus objetivos y aspiraciones. En este sentido, el estudio del problema que significó el alcoholismo —de las clases populares habría que añadir— como objeto histórico se ha desvelado como un modelo válido para el estudio de estas tensiones ya que tanto los burgueses concienciados como los obreros militantes estaban convencidos de que el alcohol chocaba frontalmente contra sus respectivos intereses.

Pero, ¿cómo fue posible esta coincidencia? ¿Era tan grave el problema? Y si lo fue, ¿porqué no dio lugar en nuestro país a una lucha antialcohólica reglada como en el caso de las enfermedades sociales? Para poder responder a estas preguntas, y a otras no menos interesantes, Ricardo Campos reconstruye el pasado acudiendo a las fuentes históricas generadas por los distintos estratos sociales y administrativos e implicados directamente en el tema. Junto a los documentos estrictamente médicos o higiénico-sociales, el autor recurre a la consulta sistemática de la prensa obrera y diaria lo que, unido a la legislación vigente sobre la materia, hace que el objeto de estudio quede rigurosamente representado en toda su diversidad. Una dificultad añadida para el estudio del alcoholismo es la que implicó su propia indefinición entre vicio y enfermedad, consideración ambigua que, tal y como nos informa el autor, se mantuvo invariable durante todo el periodo estudiado.

En este sentido, el autor nos declara en la introducción del libro que su intención es demostrar cómo el alcoholismo fue una construcción médico-

social basada más en su potencial peligrosidad como factor de desorden social, que como una enfermedad en sí misma. De esta forma, una vez construido el problema alcohólico como propio de las clases populares, se justificaría la puesta en marcha de una política intervencionista encaminada a «educar las necesidades del obrero» en la esperanza última de encuadrarles socialmente y desactivar, en consecuencia, el peligro de subversión del orden burgués establecido.

Precisamente, «la construcción social del alcoholismo» es el tema al que Ricardo Campos consagra el primero de los cinco capítulos que componen el libro. En él se analizan las ideas que, influidas por el degeneracionismo francés, tenían los médicos españoles y en las que pueden observarse con mayor nitidez que en otros cuadros morbosos la «alianza indisoluble» de la higiene con la moral. En este sentido, el hecho de que la ingestión de alcohol se realizara bajo la estricta responsabilidad del sujeto facilitó la indeterminación del concepto de alcoholismo e hizo que la descripción del fenómeno morboso incorporase de forma constante valoraciones de índole ético-moral.

El estudio de las consideraciones etiológicas sobre la responsabilidad individual en la ingestión de alcohol da paso al segundo capítulo en el que se nos ofrece un profundo análisis acerca de «las causas sociales del alcoholismo». En efecto, a pesar de que los estudios médico-sociales españoles responsabilizaron a la miseria en la que vivían las clases populares del origen de su mala salud, Ricardo Campos nos señala cómo el alcohol proporcionó una coartada perfecta a los reformistas para culpabilizar al propio sujeto de la precaria situación en la que se encontraba. La estrategia de «culpar a la víctima» se desplegaría de forma impecable para ignorar el resto de los factores sociales y caracterizar al obrero como un proletariado Mr. Hyde, transformado y enloquecido por el consumo de alcohol (no en vano Stevenson publicó su famosa novela en 1886) y causante de los males que hacían peligrar el orden burgués: descomposición de la familia, imposibilidad de ahorro individual y predisposición a enfermedades graves como la tuberculosis o la locura, lo que contribuiría de forma notable a la degeneración de la especie. No obstante, y como ocurrió con otras enfermedades como la tuberculosis, los médicos y reformadores sociales coincidieron en señalar a la vivienda insalubre como el vivero donde se gestaba el alcoholismo. Su saneamiento, por tanto, sería considerado el contrapunto ideal para iniciar la regeneración de los obreros que, de paso, dejarían de frecuentar la taberna.

Este singular establecimiento, donde según los reformadores pasaban los obreros la mitad de su vida, es el objeto de estudio que nos ofrece el autor en el tercer capítulo. Tras su lectura y con la información que ya disponemos por

los capítulos precedentes, podemos comprender que médicos y reformadores sociales la considerasen el espacio donde se materializaban todos los horrores del ideario burgués. Sin embargo, más nos puede sorprender que los socialistas españoles coincidieran con tales consideraciones aunque, tal y como nos explica Ricardo Campos, por motivos muy diferentes.

En efecto, el capítulo cuarto nos da cuenta de la transformación radical que sufrió el discurso socialista a finales del XIX sobre el problema del alcohol. Si en sus orígenes como partido político, los socialistas pensaban que sólo una revolución social acabaría con el alcoholismo, en los umbrales del siglo XX reconocieron que, precisamente, la existencia de este problema dificultaría el triunfo de dicha revolución. La lucha antialcohólica del Partido Socialista, por tanto, se enmarcó dentro de un programa general de educación y moralización de la clase proletaria en el cual, según nos informa el autor, se utilizaron los mismos argumentos degeneracionistas implícitos en los textos procedentes del higienismo social. Esta postura política en contra del alcoholismo y la taberna aspiraba, además, a dar coherencia a la propia organización obrera y a remarcar las señas de identidad proletaria frente a una supuesta burguesía degenerada e incapaz de aplicarse sus propias reglas morales.

Esta asunción del discurso higienista antialcohólico por parte de los sectores militantes de la clase obrera lleva al autor a considerar que todos los postulados procedentes de la Medicina Social habían sido ya aceptados en este periodo por el Partido Socialista. Este fenómeno es relacionado con el cambio de estrategia política que llevó a dicho partido a abandonar el guesdismo en la década de los noventa y a aceptar progresivamente la necesidad de las reformas sociales en el mejoramiento de las condiciones de vida obreras. No obstante, y basándonos en nuestra experiencia en el estudio de la lucha antituberculosa, parece un tanto prematura esta afirmación, al menos para este periodo en donde las campañas sanitarias organizadas contra las enfermedades sociales dentro del régimen de Asistencia Liberal fueron gravemente denostadas por los mismos medios obreros que atacaban el alcoholismo de sus militantes. En consecuencia, pensamos que el problema que representaba el alcoholismo fue un caso especial en el que, si para los sectores reformistas era una cuestión más a tener en cuenta por el entramado médico-social, para los sectores obreros significaba un importante asunto en el que confluían intereses políticos, económicos, éticos e incluso estéticos.

En este sentido vale la pena reseñar los discursos contrapuestos que se generaron en torno al dinero que las clases populares gastaban en la taberna y que podemos encontrar en la obra de Ricardo Campos. Si los sectores más liberales y reformistas veían en este dinero la base para el ahorro individual

que garantizase el futuro incierto del trabajador, para los sectores más conservadores y acomodados de la burguesía era la prueba de que los salarios eran suficientes para cubrir las necesidades vitales y justificar, por tanto, la inutilidad de las reformas sociales. Por su parte, los socialistas esperaban a que el dinero no gastado en alcohol se empleara en nutrir las «cajas de resistencia», adquirir libros y periódicos obreros y cumplir con la paga de sus cuotas reglamentarias.

A pesar de todo, en España no se llevó a cabo una campaña antialcohólica reglada, ni por parte de los reformistas sociales ni por los partidos y sindicatos obreros tal y como se estaba desarrollando en otros países europeos. De esta forma, los asilos para bebedores, institución central para la lucha antialcohólica en otros países, nunca fueron instaurados en España. Así queda reflejado en el quinto y último capítulo del libro dedicado a estudiar esta ausencia. La explicación de este fenómeno, desde el punto de vista estrictamente asistencial y médico vendría dada, según el autor, por «la incapacidad crónica del Estado liberal en desarrollar una red asistencial psiquiátrica moderna durante todo el siglo XIX y parte de XX», así como por la existencia de otros problemas sanitarios que reclamaban mayor atención por parte de los médicos y de los poderes públicos, como era el caso de la tuberculosis.

En efecto, si consideramos que la finalidad última de las actuaciones médico-sociales era contribuir a la integración pacífica de las clases populares en el sistema liberal burgués mediante el uso de postulados científicos y a través de campañas educativas y en apariencia neutras, parece lógico pensar que los reformadores sociales no cargaran las tintas en un tema que fue asumido voluntariamente y desde muy temprano por los líderes obreros. Consecuentemente, y favorecida, quizás, por la propia indefinición del alcoholismo como patología, toda la atención oficial y privada se centró en la lucha contra el resto de las enfermedades sociales (incluida la mortalidad infantil) causantes de una fuerte contestación obrera en este periodo y que ponía en entredicho el sistema de Asistencia Liberal en particular y el orden social establecido en general.

Finalmente, y a falta de una organización antialcohólica que estudiar, Ricardo Campos acude al campo de batalla donde se libró de forma parcial la lucha contra la taberna en nuestro país: la Ley del Descanso Dominical. En efecto, ante la ausencia de una legislación represiva sobre la venta y consumo de alcohol, como la que imperaba en muchos países europeos y en Norteamérica, la aplicación cabal de dicha ley sobre los establecimientos que expendían bebidas alcohólicas fue una de las reivindicaciones socialistas en la que los líderes obreros se emplearon a fondo. Completa este capítulo el papel de las

casas para obreros en la lucha antialcohólica, así como el lugar que debía ocupar la mujer en esta campaña según los reformadores sociales.

En definitiva, el libro de Ricardo Campos, fruto de largos años de investigación que le merecieron, además, alcanzar exitosamente el grado de doctor, es una obra que amplía considerablemente nuestro conocimiento de la problemática social que caracterizó al periodo de la Restauración española. La incorporación de fuentes documentales generadas por la clase obrera permite al autor ampliar de forma considerable el marco analítico manejado hasta la fecha por la historiografía contemporánea nacional lo que otorga a su original aportación un valor metodológico y la cualidad de poder ser utilizado como punto de referencia por ulteriores trabajos sobre el tema.

JORGE MOLERO MESA
Universidad de Zaragoza

Robert JÜTTE; Guenter B. RISSE; John WOODWARD (eds.). *Culture, Knowledge, and Healing. Historical Perspectives of Homeopathic Medicine in Europe and North America*, Sheffield, European Association for the History of Medicine and Health Publications, 1998, 338 pp. ISBN: 0-9527045-7-9.

Este libro forma parte de la colección que la European Association for the History of Medicine and Health dedica a la publicación de las investigaciones llevadas a cabo por sus redes temáticas, que están dedicadas a diversos aspectos de la Historia de la Medicina (Fisiología, Patología, Hospitales, Salud Pública, etc.). Además, como es sabido, otra colección se ocupa de publicar una selección de los trabajos presentados a sus congresos generales; otra está integrada por útiles guías de investigación y, una última, de pequeño formato, publica las conferencias vespertinas que destacados especialistas dictan en los eventos generales de la asociación.

En este caso la obra que nos ocupa es fruto de una de las actividades de la red dedicada a la historia de la Homeopatía. Recoge, en parte, estudios que fueron presentados a una conferencia sobre perspectivas históricas de esta modalidad terapéutica en Norteamérica y Europa que organizaron en 1993 el Departamento de Historia de Ciencias de la Salud de la Universidad de California (San Francisco) y la Fundación Robert Bosch de Stuttgart, con el apoyo del Instituto de Historia Alemana de Washington, DC. Forma parte, por tanto, de la oleada de estudios históricos que en los últimos tres lustros están mostrando

especial atención por la evolución histórica de las llamadas «medicinas alternativas o complementarias», al amparo del actual resurgir del interés por todas estas terapias en los países desarrollados.

Subrayar este fenómeno, junto con ciertas precisiones terminológicas, siempre necesarias cuando se enfrenta el mundo de las «medicinas alternativas», es el objeto de la brevísimas introducción del conocido historiador de la medicina Guenter B. Risse, que sirve de pórtico a la colección de trabajos que se publican en este volumen.

En conjunto, y siguiendo lo que ya parece una inveterada costumbre de las publicaciones anglosajonas, el título del libro, sin ser engañoso, promete más de lo que luego se encuentra a través de sus páginas. De los once trabajos que lo constituyen, sólo tres se ocupan de países diferentes a las predominantes perspectivas sobre los Estados Unidos de Norteamérica, Alemania o a visiones comparadas entre estos dos ámbitos. Tratándose de la homeopatía esta preponderancia es muy explicable pues se trata, por una lado, del lugar donde nació y, por otro, del lugar donde, dadas las especiales características de la sociedad norteamericana durante el XIX, mayor importancia alcanzó. Los capítulos que no tratan de estos escenarios privilegiados en los que estudiar la homeopatía se centran en el Canadá victoriano, los Países Bajos en el siglo XX y el muy concreto caso del Hospital Homeopático de Londres durante los años finales del siglo XIX y primeros del XX. Pero para que el volumen presentase al lector una visión más rica del devenir de la homeopatía se echan a faltar estudios sobre otros escenarios europeos y americanos en los que la homeopatía también sufrió avatares. Especialmente sorprendente es la ausencia de un capítulo sobre el caso francés, bien estudiado por Olivier Faure.

No obstante, el conjunto de los trabajos que se recogen en el volumen son una buena muestra de las matizaciones y sofisticaciones que la historiografía está alcanzando a la hora de acercarse a otras maneras de entender la salud y la enfermedad que no son las que acabaron constituyendo la medicina científico-occidental. En conjunto, se ha abandonado el nivel descriptivo de algunos trabajos de hace unos años y el excesivo énfasis en poner de manifiesto las diferencias entre la medicina «oficial» y las «marginales», unos términos que, así mismo, se han ido abandonando. En cambio, se han situado en primera línea otros problemas como las estrategias de profesionalización de los practicantes de las «medicinas alternativas», la interrelación de estas estrategias con las que seguían los profesionales ortodoxos, la creación de imágenes identitarias no siempre bien definidas entre profesionales ortodoxos y heterodoxos, el papel de los profanos en el surgimiento, mantenimiento y/o declinar de una determinada manera de enfrentar los problemas de salud y enfermedad, el

papel de personajes carismáticos sin cuya existencia una determinada «medicina alternativa» sigue un curso u otro en un determinado escenario, etc. Todos estos asuntos son tratados de manera cuidadosa y enriquecedora en los diversos estudios de la obra que nos ocupa. En muchas de los capítulos, además, la perspectiva comparada entre Estados Unidos de Norteamérica y Alemania resalta aun más el interés de algunos de estos temas.

Los diversos trabajos se estructuran en tres grandes secciones. La primera de ellas se dedica a analizar, desde la perspectiva histórica, hasta que punto podemos hablar de la homeopatía como una «medicina alternativa» en ciertos momentos y en ciertos ámbitos. Desde luego, el grado de heterodoxia de la homeopatía en los Estados Unidos de Norteamérica en las décadas finales del siglo XIX aun existente, fue muy matizado por el grado de acuerdo que se alcanzó en ciertos aspectos relacionados con la organización de la profesión médica. Tal situación no es, sin embargo, asimilable al ámbito alemán en que los partidarios de la homeopatía fueron pocos y, en cierto modo, arrinconados por la ortodoxia, tal y como muestra en su contribución uno de los mejores conocedores de la historia de la homeopatía y editor de la obra, Robert Jütte.

Una segunda sección se ocupa de analizar el devenir de la homeopatía en Europa y Norteamérica. Aquí es donde tienen cabida los casos holandés y canadiense. La profesora Gijswijt-Hofstra traza un clarificador panorama del raquítico desarrollo de la homeopatía en los Países Bajos, probablemente debido, entre otras razones, a la ausencia de figuras que pugnarán tenazmente por su desarrollo y a la proximidad de los territorios germánicos que permitió viajar a los pacientes y a los médicos interesados por esta opción terapéutica, sin desarrollar un grupo homeopático autóctono de entidad. Así mismo, la homeopatía holandesa nunca se dibujó a sí misma como una alternativa real a la ortodoxia por lo que acabó siendo poco apoyada. Otro muy interesante capítulo a cargo de Connor se ocupa de analizar las diferentes vías de desarrollo que la práctica de la homeopatía tuvo en los diversos territorios del Canadá victoriano. Así, en algunas zonas se puede hablar de presencia muy pobre de la alternativa homeopática como en el Quebec francófono donde sólo de la mano de algunos angloparlantes tuvo cierta presencia. Sin embargo, en zonas como Ontario hubo una amplia disponibilidad de homeópatas y menudearon las actividades en torno a esta alternativa terapéutica, si bien se mantuvo una cierta dependencia del desarrollo de la homeopatía en los Estados Unidos. Por último, en esta sección, otra contribución describe con detalle la enorme influencia que tuvieron, en el desarrollo de la opción que nos ocupa, los homeópatas alemanes que fueron a vivir en las zonas más occidentales del gran país norteamericano.

Una última sección agrupa estudios más concretos sobre los pacientes, los practicantes y las instituciones homeopáticas. Martin Dinges en su capítulo presta atención al papel de las asociaciones en la profesionalización de los homeópatas tanto en Estados Unidos como en Alemania, mientras que otro trabajo muy interesante muestra el papel de las asociaciones de no profesionales en el mantenimiento de la opción homeopática en Alemania. La *Hahnemannia*, una organización compuesta por no médicos que se unieron para apoyar la homeopatía, es objeto de análisis, mostrando todas las facetas de su actividad, incluso la política en la que sobresale una clara militancia antisocialdemócrata. Wolff nos muestra, en otro de los estudios, las diversas actitudes que frente a un problema concreto, la vacunación contra la viruela, mostraron los homeópatas norteamericanos de finales del XIX. Ni el rechazo absoluto ni la aceptación sin matices caracterizan las diversas posturas mostradas lo que incide, nuevamente, en la dificultad de trazar líneas de división con la medicina ortodoxa en el caso de la homeopatía norteamericana. Un último estudio realizado a partir de material de archivo muestra detalladamente el funcionamiento del London Homoeopathic Hospital entre 1889-1923. Una de las conclusiones más sobresalientes es, nuevamente, la dificultad de dibujar líneas divisorias con lo que hacían otros hospitales de la época, si bien ante casos concretos como la difteria y la tuberculosis surgen matices de gran interés.

Como apéndice se presenta un primer intento de directorio de archivos con material histórico sobre homeópatas en el caso de los Estados Unidos de Norteamérica.

En conjunto nos encontramos, pues, con una colección de trabajos que permiten tener una buena visión de lo que significa la historiografía sobre una de las «medicinas alternativas» más importantes, la homeopatía, en la actualidad. Como siempre ocurre en este tipo de volúmenes colectivos se advierte cierta desigualdad entre las diversas contribuciones. Lo más llamativo de esta desigualdad es que resulta difícil seguir alguno de los trabajos porque se ocupan de aspectos muy concretos sin la suficiente contextualización. El lector no familiarizado con la historia de la homeopatía puede así llegar a perderse, y no ubicar adecuadamente el tema discutido. Otros trabajos, sin embargo, incluyen párrafos que nos parecen algo redundantes. Quizá una labor de edición algo más estricta podría haber superado estos desequilibrios. Por otro lado, como es norma en estas publicaciones, además del índice temático se incluye una bibliografía conjunta de todos los capítulos muy útil, pues permite la consulta a través de una sola sección de multitud de trabajos de referencia para el asunto historiográfico del que se trata.

ENRIQUE PERDIGUERO
Universidad Miguel Hernández

Peter BALDWIN. *Contagion and the State in Europe 1830-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, 581 pp. ISBN: 0-521-64288-4 [USA \$ 69.95].

Este libro se plantea el análisis comparado de las estrategias preventivas nacionales frente al cólera, la viruela y la sífilis en Gran Bretaña, Francia, Alemania y Suecia, en el periodo que indica su título, muestra la gran diversidad nacional e internacional que ha existido al respecto e intenta explicarla. La vieja hipótesis de Ackerknecht de 1948, sobre las vinculaciones respectivas entre políticas autoritarias y cuarentenas, y posiciones liberales y saneamiento ambiental, que han servido de piedra de toque para tantos estudios monográficos sobre la historia de enfermedades catastróficas en los últimos cuarenta años, sirve como telón de fondo o, mejor, como primer borrador explicativo que Baldwin, catedrático de historia en UCLA, inmediatamente complica, para rechazarlo, con apabullante documentación.

En efecto, no sólo se roza la exhaustividad en el manejo de bibliografía secundaria, favorecido por el dominio lingüístico de que hace gala el autor, sino que se exhuma una no menos ingente cantidad de fuentes primarias, documentos parlamentarios, informes técnicos y administrativos, memorias académicas, artículos de las principales revistas médicas y actas societarias. Montañas de materiales que son leídos, comparados y discutidos de manera inteligente y, en general, muy clara. Su argumento es finalmente una reivindicación de la Historia, con mayúsculas: la forma que adopte la defensa frente a una determinada enfermedad contagiosa en un determinado país y momento es la resultante de la sumatoria de una serie de elementos (ciencia, política, administración, geografía, epidemiología, riqueza pública, educación) y no está predeterminada por ninguno de ellos, sino por la forma concreta en que se produzca su interacción. Dándole la vuelta a la hipótesis de Ackerknecht, no es la estrategia preventiva la que está determinada por la tradición política del país, sino que la forma que adopte aquella contribuye a crear una determinada tradición política.

Todo el libro está recorrido por el horror a «la causa única» y los dualismos enfrentados y excluyentes, pecado mortal de la sociología histórica: nunca ha existido ese claroscuro de o *cuarentena* o *reformas*, ni siquiera el de contagio o anticontagio, mucho menos el que haya habido una divisoria política neta entre defensores y atacantes de una determinada medida profiláctica, ni entre personas ni entre países; tampoco es correcto definir como homogéneos los sectores sociales favorecidos o antagonizados por cada medida concreta: la suma de testimonios en contra resulta abrumadora, de manera que no pode-

mos sino concluir que, de encontrar alguna de estas situaciones de «dos campos» en un análisis histórico, debemos pensar en un error o en una excepción.

Es importante advertir que este libro se aleja también de la idea de una «historia de la salud pública», desdeña el advertir las líneas del desarrollo general de esa materia para fijarse empíricamente en las medidas concretas frente a amenazas concretas. Ahora bien, por la manera en que dispone su material, comenzando por la aparición del cólera en Europa en los años 1830, el relato se ordena de ayer a hoy (las referencias al SIDA no son ni escasas ni aleatorias en el último capítulo) y termina por dibujar en la mente del lector una panorámica muy cercana a aquella, con afán contradictorio frente al estándar tradicional (por ejemplo, para el autor, se ha subestimado el grado de intervencionismo estatal presente en las acciones ambientalistas británicas y se ha sobrevalorado la capacidad despótica del centralismo europeo continental). Una de las observaciones que se repiten y justifican con ejemplos múltiples es la complejidad práctica que determinadas novedades del laboratorio imponen al diagnóstico (más perfecto, desde luego) y a su aplicación universal (caso de la detección bacteriológica de cólera o de sífilis).

El caso del cólera sirve de terreno para presentar la confluencia e interacción de los diversos modos explicativos de la infección, del miasma a las hipótesis telúricas, y a los microbios, y también para discutir las relaciones internacionales sanitarias a la luz de las Conferencias internacionales, de 1851 a 1911, con presencia significativa de otras experiencias nacionales además de las centrales para el libro. El caso de la viruela permite explorar el problema de los movimientos antivaccinistas, y el de la sífilis la importante cuestión cultural de la moral sexual, y, de por medio, el crecimiento de los dispositivos públicos de atención médica o el de la formación de los ejércitos nacionales. Una amplísima panoplia de temas, perfectamente engarzados, fruto de un trabajo exhaustivo y al que el único pero que se le puede poner es la ausencia de algún país claramente mediterráneo para cerrar el ámbito de la comparación (Baldwin reconoce una distinta sensibilidad atlántica y mediterránea respecto a la prevención ultramarina).

La composición del texto es una vuelta de tuerca a la actual ansiedad por conseguir la simplicidad mayor en términos editoriales, a costa de la salud de los lectores, claro: un sumario de 9 líneas, donde sólo se recogen los títulos de los grandes apartados del libro (Agradecimientos, Lista de abreviaturas, seis capítulos —Variaciones en profilaxis, Aparición del cólera, Mayoría de edad del cólera, Viruela contra lanceta, La sífilis entre prostitución y promiscuidad, Las políticas de la prevención— e Índice), aunque cada uno está después

ampliamente subdividido, como no podía ser menos dada su gran extensión, notas a pie de página (en muchos casos, cuando su contenido es corto, montadas sobre la misma línea), del orden de las 400 ó más por capítulo (562 en el dedicado a la sífilis), y un índice en el que se mezclan las entradas onomásticas, topográficas y de materias con los títulos de obras citadas más de una vez (que indican el lugar donde aparece la referencia completa). Lo cual hace que el texto sea de consulta bastante farragosa, salvo que uno afronte limpiamente su lectura completa o la de un determinado capítulo. ¿Realmente sería tan costoso, en un libro que sobrepasa las 500 páginas en su formato actual, haber publicado el sumario amplio, con los títulos y subtítulos detallados de todos los capítulos y una lista bibliográfica alfabética?

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA
Universidad de Granada

Rafael HUERTAS. *Neoliberalismo y políticas de salud*, Madrid, El Viejo Topo, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1999, 187 pp. ISBN: 84-95224-02-X.

El libro de Rafael Huertas expone de forma clara la situación y trayectoria reciente de los servicios de salud en el mundo occidental. El autor, revisando la literatura crítica, trasciende el discurso dominante y contempla la raíz económica y social de la situación, sin resignarse a la inevitabilidad del modelo económico y sus consecuencias en la salud de las poblaciones.

El texto consta de cuatro capítulos que comentaré brevemente.

En el primero, titulado *Salud y mercado*, analiza Huertas los cambios derivados de las grandes crisis económicas de los siglos XIX y XX, y la adaptación del capitalismo a la explosión de sus contradicciones internas. Sin cambiar el modelo económico, el capitalismo ha ido incrementando ganancias a costa de la reducción de los recursos destinados a prestaciones sociales. El autor plantea dos formas de explicar la crisis del sistema sanitario. La primera defendería que el sistema de seguridad social es en sí mismo causante de crisis económica. La seguridad social imposibilitaría el libre funcionamiento de un mercado que requiere excedentes de mano de obra barata. Este es, sin duda, uno de los pilares ideológicos del neoliberalismo económico. La segunda defendería la necesidad de introducir elementos correctores para adaptar el sistema sanitario al mercado y optimizar su financiación y gestión.

El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional han elaborado estrategias destinadas a privatizar los servicios sanitarios, resumidas en cuatro

«medidas de austeridad»: trasladar los gastos de ciertas prestaciones a los usuarios, ofertar seguros para los riesgos principales, utilizar eficazmente los recursos privados y descentralizar los servicios públicos. En 1993, en un informe con una fuerte carga ideológica de libre mercado, el Banco Mundial igualaba los servicios de salud a otros bienes de consumo, rechazando la idea de la salud como necesidad básica que debe ser cubierta de forma universal por el sistema público.

Las reformas privatizadoras parten y persiguen objetivos económicos de rentabilidad como un fin en si mismo, y sus ejes son analizados detenidamente por el autor en este capítulo. Este objetivo economicista aleja del sistema sanitario los intereses y necesidades de los usuarios. En otro lugar, Carlos Calderón (*Humana*, 4, 2000), médico de familia, ha reflexionado sobre el impacto de este «modelo gerencial», en palabras del sociólogo Juan Irigoyen, en el encuentro médico-paciente. Señala Calderón que incluso el nivel concreto de la práctica clínica es deudor de los movimientos del mercado y de los grandes intereses económicos que lo regulan.

En el capítulo segundo, *Modelos nuevos ¿Nuevos paradigmas?*, Huertas recoge las orientaciones internacionales surgidas en el siglo XX, y su reflejo en las reformas que se han producido en nuestro país. Los cambios epidemiológicos en la morbi-mortalidad de los países desarrollados y la necesidad de reconvertir los sistemas sanitarios hacia la promoción y la prevención, están en el origen de la aparición del informe del ministro de salud canadiense, Lalonde (1974), de su aplicación en el estudio de Dever en EEUU (1976), de la celebración de la Conferencia de Alma-Ata (1978), y de la Estrategia de Salud Para Todos en el año 2000 de la OMS (1979, 1981). Estos hitos en la historia de la salud pública han tenido su continuidad en una serie de Conferencias Internacionales de Promoción de Salud, que han ido desarrollando líneas de intervención integral y carácter comunitario.

En España, se creó la especialidad de Medicina Familiar y Comunitaria en 1978, se legislaron las Estructuras Básicas de Salud en 1984 (centros de salud), y se publicó la Ley General de Sanidad en 1986. Estas reformas han dado paso a un modelo de atención primaria que se ha visto sometido a dos reformas, tal y como ha señalado recientemente Irigoyen. La primera, en los primeros años 80, muy ideologizada, de izquierdas y salubrista, supuso una revisión de los lugares donde se asentaba el poder (profesionales, población, ...). La segunda, llamada por él gerencialista, y que parte del Informe Abril (1991), pivota sobre la racionalidad económica y aplica al sistema sanitario la teoría empresarial. Ninguna de las dos reformas han calado en la cultura médica. Por razones variadas y complejas, algunas citadas por el autor, la insatisfacción de los

profesionales de atención primaria ha ido en aumento con el consiguiente deterioro del modelo de atención y la calidad de los servicios.

El tercer capítulo, *Salud e ideología hegemónica*, lo dedica Huertas a revisar la contribución del sistema sanitario a la creación de una «sociedad saludable» y los mecanismos de selección negativa y positiva que utiliza el capitalismo en el sector sanitario. Los primeros operan al dificultar opciones de salud progresistas, como los programas de salud laboral, impedir la participación de la población, ocultar las causas socioeconómicas de la enfermedad, y culpabilizar a los individuos con el discurso de la elección libre y responsable de los estilos de vida como origen de la enfermedad. Con este criterio, los problemas de salud se abordan con acciones individuales, olvidándose la responsabilidad pública sobre las causas medioambientales, en el sentido amplio utilizado por Lalonde, que están en la génesis de las diferentes enfermedades. El autor critica, con Milton Terris, la utilización del concepto *estilos de vida* pues conduce a una ideología de la salud individualizada e individualista que, en su extremo, conlleva la censura de la víctima (*victim blaming*) como mecanismo de control social que excluye la diversidad de lo saludable, y estigmatiza y discrimina a determinados enfermos.

En el último capítulo, *Algunas alternativas o, al menos, algunas respuestas*, se plantean ciertas respuestas que, a juicio del autor, pueden darse a la situación actual. Sería posible y necesaria la confrontación con el sistema sanitario impuesto por el capitalismo, retomando y actualizando el pensamiento de la izquierda en dos sentidos.

De una parte, Huertas señala que lo importante es saber qué se puede aprovechar y qué puede mejorarse en los Servicios Nacionales de Salud (SNS), hoy bajo riesgo de privatización. En los países capitalistas occidentales, los SNS carecen de un elemento fundamental, la profilaxis a escala global como eje vertebrador de todo el sistema, tratándose más bien de un sistema de seguridad social universalizado. Un modelo alternativo a las medidas privatizadoras debe fundamentarse en la satisfacción de las necesidades de la población, definidas a través de su participación activa en la toma de decisiones, y esto sólo será posible con un cambio estructural de la política socioeconómica. De otra parte, según Huertas, es posible construir una teoría de lo social en ciencias de la salud a partir de las interrelaciones entre aspectos biológicos y sociales. En cada contexto, el estado de salud de la población estaría determinado por la organización socioeconómica dominante que actúa a través de tres factores: pertenencia a una clase social, medio natural y eficacia de los servicios sanitarios. En definitiva, se proponen dos estrategias alternativas para los servicios de salud: centrarlos en una política amplia de prevención y desarrollar

la participación de individuos y colectivos, en el sistema sanitario, a todos los niveles de toma de decisiones.

A mi juicio, el análisis sobre los factores condicionantes del estado de salud de la población, recogido por salubristas marxistas en la década de los 70, resulta hoy empobrecido si no se incorporan otras variables socioculturales que han ganado un espacio trascendental para construir una teoría más comprensiva de la realidad social. Me refiero, fundamentalmente, a los conceptos de género y etnia, que establecen un orden socio-moral y político y son categorías analíticas que atraviesan a la clase social.

En el apartado final se recoge la existencia de nuevos movimientos sociales (pacifismo, feminismo, ecologismo y antimilitarismo), que no aceptan el fenómeno engañoso del progreso y que, según el autor, apuestan por un discurso que expresa más un reconocimiento de identidades existentes que de posibles ganancias. En mi opinión, estos movimientos representan aportaciones revulsivas a la teoría y práctica políticas y buscan transformar viejas prácticas sociales, tales como el patriarcado o la existencia de los ejércitos, realidades que son tan antiguas como la humanidad.

Una estrategia clave y necesaria para hacer visibles las desigualdades, no sólo de clase como señala el autor en el tercer capítulo sino también las de género y etnia, es el desarrollo de investigaciones que pongan el énfasis en problemas de salud reales y más prevalentes o graves que los que actualmente centran el interés de los investigadores (sobre todo las enfermedades crónicas). Me refiero, por ejemplo, a la violencia doméstica, la salud mental como expresión de condiciones de vida, las creencias y conductas de los inmigrantes y otras poblaciones marginales, los riesgos del trabajo sumergido y el trabajo doméstico, las necesidades de las personas discapacitadas, y un largo etcétera.

La difícil apuesta de la izquierda por superar las condiciones que impone el capitalismo a la vida y a la salud de las personas, tiene que contar, a mi entender, con el concurso de numerosas redes existentes en la sociedad civil que plantean una resistencia crítica y activa, y que no están englobadas ni en el discurso marxista ni en los partidos y movimientos de la izquierda tradicional.

ANA DELGADO SÁNCHEZ
Unidad Docente de Medicina Familiar y Comunitaria de Granada

MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen. *Pioneras españolas en las ciencias. Las mujeres del Instituto Nacional de Física y Química*, Madrid, C.S.I.C., 1998, 446 pp. ISBN: 84-00-07773-3.

BARRAL, María José; MAGALLÓN, Carmen; MIQUEO, Consuelo; SÁNCHEZ, M^a Dolores. *Interacciones ciencia y género. Discursos y prácticas científicas de mujeres*, Barcelona, Icaria [Colección Antrazyt], 1999, 328 pp. ISBN: 84-7426-437-5.

Constituyen estos libros dos excelentes ejemplos de la consolidación de la actividad de investigación y divulgación en estudios de las mujeres desarrollada en la universidad española a lo largo de los años noventa. Se trata de dos obras resultantes de sendas actividades académicas llevadas a cabo en la universidad de Zaragoza, una tesis de doctorado, el primero, y unas jornadas vinculadas al desarrollo de un curso de doctorado, el segundo; que han sido proyectados por investigadoras feministas que trabajan en y para la universidad en su Seminario Interdisciplinar de Estudios de las Mujeres; que han salido a la luz gracias a una gestión en la que han participado instituciones académicas, organismos de igualdad y una empresa editorial; y que han sido realizados incorporando perspectivas teóricas y críticas feministas que superan, definitivamente, la tendencia más extendida en la década anterior de hacer estudios *sobre* mujeres, sin cuestionar los marcos teóricos.

Precisamente la reflexión metodológica está presente de forma muy visible en la propia estructura de los libros, que dedican parte de sus páginas a resumir las principales aportaciones epistemológicas feministas de las dos últimas décadas. Carmen Magallón abre su libro con una amplia introducción que titula «La perspectiva de género en los estudios sociales de la ciencia» (pp. 27-63) en la que, a partir de una amplia revisión bibliográfica de literatura feminista, básicamente anglosajona pero que también incluye aportaciones españolas, actualiza, resume y comenta con claridad los conceptos de género, las epistemologías feministas, los debates sobre el sujeto de conocimiento y la objetividad de la ciencia y las principales líneas de investigación que han configurado, hasta ahora, la agenda de investigación feminista en la historia de la ciencia.

Sobre la epistemología feminista de mayor impacto en los noventa, el *feminist standpoint (FS)*, según la cual la experiencia social de las mujeres constituye un sistema de referencia privilegiado para conocer el mundo, Carmen Magallón trata tanto en su libro como, más ampliamente, en el capítulo que firma en la obra colectiva *Interacciones ciencia y género*. En este último, incluye una síntesis de los últimos debates mantenidos entre teóricas feminis-

tas a propósito de la tendencia del *ES* a la esencialización y los recursos para combatirla, de sus posibilidades para mostrar la multiplicidad del sujeto de conocimiento (feminista), de su capacidad de generar un conocimiento emancipatorio o de la necesidad de sortear las perspectivas etnocéntricas.

En el libro editado por Barral, Miqueo, Sánchez y la propia Magallón, la «Crítica epistémica y sociológica de la ciencia» ocupa la primera parte de la obra (pp. 17-102) y, junto al capítulo citado, otros dos ensayos analizan las contribuciones y los límites de la teoría y la práctica feminista tanto en los estudios de CTS como en la sociología del conocimiento científico (capítulos suscritos respectivamente por las filósofas de la ciencia Eulalia Pérez Sedeño y Marta I. González García) y señalan las dificultades de comunicación entre estas áreas y los estudios feministas. Marta González apunta que en el feminismo académico se ha dado una armonización de las tradiciones activista y académica, o lo que es lo mismo, de la crítica política y la crítica teórica, que se echa en falta en —y constriñe— los de CTS. Pérez Sedeño, por su parte, advierte de la focalización de los estudios sociales de la ciencia en la esfera productiva y su escasa atención a la reproducción, consumo y producción domésticos, así como la práctica ausencia de una perspectiva de género en las críticas a los procesos de conformación de los objetos tecnológicos. Perspectiva que es, sin embargo, el eje del capítulo de la socióloga catalana Carme Alemany, en el que, a partir de una investigación de campo, analiza el proceso de concepción, producción, venta y utilización de un producto tecnológico, una lavadora, poniendo de manifiesto los sólidos vínculos entre tecnología y género, según los cuales la primera contribuye a la perpetuación de la asimetría de las relaciones de género y a la subordinación social de las mujeres.

Si las cuestiones epistémicas y críticas están presentes en los dos libros, otro tema de común interés es la recuperación histórica de la experiencia de las mujeres científicas.

Ese es el objetivo primero del libro de Carmen Magallón, a mi juicio uno de los mejores estudios prosopográficos de la historiografía de la ciencia española. Prosopografía entendida como análisis de colectivos profesionales, de sus relaciones y redes, de sus vinculaciones institucionales, de las trayectorias profesionales de sus miembros, sus intersecciones y divergencias, de su proyección científica y social, de su significación para la ciencia y la historia de hoy. Un concepto que es para mí más amplio que el que la misma autora parece manejar, restringiéndolo a recopilación de algunos datos sociológicos y académicos (pp. 230-237). Pero si algo pone de manifiesto este libro riguroso e innovador, escrito (y leído) con emoción al tiempo que con distancia es que existe entre estas científicas españolas, que estudiaron y trabajaron desde

principios de siglo hasta 1936, elementos comunes que dan coherencia a sus trayectorias y que las constituyen como grupo, más allá de su —quizá inexistente— voluntad de serlo.

Carmen Magallón hace ver a las numerosas mujeres que participaron profesionalmente en la ciencia española del primer tercio del siglo veinte, a través de sus itinerarios académicos y formativos: su incorporación como estudiantes en las facultades de ciencias y farmacia, su formación práctica extrauniversitaria, sus estudios de postgrado en el extranjero o su trabajo en equipos de investigación científica (no hay referencias a científicas que trabajaran en empresas); trayectorias unas veces truncadas por imposiciones sociales (y matrimoniales) (pp. 106-110) y otras veces satisfactorias, e incluso científicamente brillantes, como en los casos, entre otros, de Martina Casiano Mayor, Felisa Martín Bravo o Dorotea Barnés, química que trabajó en la sección de espectroscopía del Instituto Nacional de Física y Química, y a quien dedica un capítulo (pp. 261-284).

La constatación de la progresiva importancia numérica de las mujeres en las carreras de ciencias (1,5 % del alumnado de ciencias en 1915 y 10,9 en 1932) y la escasa oposición que encontraron en su incorporación a sociedades científicas y puestos de investigación lo achaca la autora al escaso desarrollo tecnológico español (como sucede hoy en países del mundo sur) y a que los años 20 y los 30 lo fueron de consecuciones feministas. Entre ellas, las políticas para favorecer el acceso de las mujeres a la ciencia, —*desconocidas* hasta la fecha y que Magallón analiza detalladamente— como el Laboratorio Foster de la Residencia de Señoritas, por donde se puede estimar que pasaron más de 300 mujeres estudiantes entre 1920 y 1935, o los programas de intercambio con universitarias norteamericanas, resultado ambos del convenio establecido entre la Residencia de Señoritas y el *International Institute for Girls in Spain* (pp. 139-198).

El convencimiento de la utilidad de conocer la biografía y la experiencia de las científicas del pasado y del presente como forma de acercar a las niñas a la ciencia, como forma de construir una genealogía científica femenina y como medio para enseñar una ciencia deudora de los contextos que la han hecho posible, está presente en el apartado de *Interacciones ciencia y género* titulado «Educación científica». En diferentes capítulos, Esther Rubio hace una síntesis sobre la invisibilidad historiográfica del saber científico de las mujeres y los mecanismos de cancelación de la autoría femenina, M^a Dolores Sánchez diseña una unidad didáctica con materiales dirigidos a la formación del profesorado y basados en la biografía científica de la Nobel de química Dorothy Crowfoot Hodgkin y Nuria Solsona analiza la tarea de divulgación científica

dirigida a amas de casa que llevó a cabo la pedagoga catalana Rosa Sensat en los años veinte.

Cierra este bloque un trabajo peculiar, difícil y muy bien resuelto, que recoge el planteamiento y desarrollo de una mesa redonda en la que cuatro expertas científicas –una bióloga, dos físicas y una cirujana– expresaron vivencias y opiniones sobre su elección profesional, su integración en el medio laboral y sus formas de trabajar. Consuelo Miqueo es la responsable de este capítulo que no es, sólo, un ejercicio de transcripción y, por tanto, de observación, sino sobre todo de participación buscada y de contextualización. Presenta la mesa como «primer acto público de reconocimiento de la diferencia sexual [...] y plataforma de pensamientos y sentimientos compartidos desde donde proyectarnos como científicas» (p. 295) e inaugura en España una forma de reflexión que encuentra entre las científicas feministas italianas su referente inmediato y en la propia Miqueo una excelente mediadora.

El «análisis del discurso científico» es el objeto, y el título, del tercer bloque de la compilación de Barral *et al.* y se inicia con un capítulo de Rosa Medina en el que, parafraseando su título, se dan algunas claves para perder la inocencia sobre la neutralidad de los textos científicos. Combinando una síntesis de lecturas de análisis del discurso, con un puñado de clarificadores ejemplos, la autora desvela los códigos de signos empleados en diversos géneros de literatura científica y la manera en que aquéllos contribuyen a sostener los mitos de la inducción y de la «inmaculada percepción» de la ciencia.

En los tres capítulos restantes se hacen acercamientos críticos, desde perspectivas de género y metodologías diversas, a una serie de textos médicos contemporáneos. Se trata de trabajos de investigación que aportan nuevos y valiosos datos sobre el androcentrismo de la ciencia médica y el papel de la misma como legitimadora de las desigualdades de género. María José Barral e Isabel Delgado, profesoras de Anatomía y Biología, respectivamente, revisan una amplia bibliografía biomédica aparecida en los últimos 20 años (1980-1998) sobre los dimorfismos sexuales del cerebro y el recurso que se hace en los textos a factores genéticos, hormonales y ambientales para explicar las diferencias. Su lectura, quizá más descriptiva que analítica, las lleva no obstante a concluir sobre la influencia de sesgos androcéntricos y antropocéntricos en estas investigaciones que impiden profundizar en el conocimiento de la diversidad de la especie humana. Un poco más allá en su análisis y en sus conclusiones va la filóloga Lola Sánchez, que aplica la lingüística crítica al análisis del conocido *Tratado de Ginecología* de Botella y Llusíá (1993), 14ª edición de un libro de texto que ha sido recomendado desde 1945 a numerosas promociones de estudiantes de medicina en España. Sánchez identifica las

estrategias discursivas de la obra a través de las cuales el autor compone una visión esencialista —biologicista— de las mujeres, que quedan reducidas al concepto —científico, técnico, suprapersonal— *mujer* y concluye que la representación de las mujeres en términos de diferencia es una estrategia para excluirlas de lo público. Esta misma tesis es la que defienden Isabel Jiménez Lucena y M^a José Ruiz Somavilla en su capítulo sobre las influencias recíprocas de las políticas de género y la psiquiatría española de la primera década del siglo XX. Pero estas autoras, que analizan los artículos sobre patología mental femenina publicados en la *Revista Frenopática Española* entre 1904 y 1912, también identifican la utilidad de la práctica psiquiátrica para avalar políticas de género en las que el sometimiento de las mujeres a sus esposos se constituye en método terapéutico.

Las dos obras reseñadas reúnen a una buena parte de las autoras que se dedican a investigar y divulgar sobre feminismo y ciencia en España, un campo iniciado por historiadoras y filósofas de la ciencia que ha ido reuniendo expertas de otras procedencias. Estos textos completan la escasa, pero comprometida producción de los años noventa en la misma línea de fértil interdisciplinaridad (1).

Carmen Magallón nos regala con una edición muy cuidada que bien merece la elegante colección de «Estudios sobre la Ciencia» del CSIC. Son de destacar sus útiles e ilustrativos apéndices, especialmente los que contienen datos biográficos de unas 300 científicas españolas de los primeros 30 años del siglo (pp. 305-344) o las publicaciones de casi un centenar de ellas (pp. 345-354). Un índice general, básicamente de nombres, y una completa bibliografía, completan este valioso libro.

Interacciones género y ciencia, por su parte, flaquea en la edición que habría ganado con una mayor atención en algunos de sus capítulos a publicaciones españolas, con la adopción de un criterio único para notas y bibliografía y, sobre todo, con la inclusión de un índice, al menos onomástico, que favorecie-

(1) Otros libros de autoras españolas sobre el tema son, por orden cronológico, PÉREZ SEDEÑO, Eulalia (ed.). Monográfico «Mujer y Ciencia». *Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, 1993, 144, n.º 565; ORTIZ GÓMEZ, Teresa; BECERRA CONDE, Gloria (eds.). *Mujeres de Ciencias*, Granada, Universidad de Granada/Feminae, 1996; CRUZ RODRÍGUEZ, Marina; RUIZ HIGUERAS, Luisa (eds.). *Mujer y ciencia*, Jaén, Universidad de Jaén, 1999; ORTIZ GÓMEZ, Teresa. *Las mujeres y la actividad científica en los siglos XIX-XX. En femenino plural*, Córdoba, Diputación Provincial, 1999.

ra una lectura alternativa al orden propuesto y una mayor visualización de las personas e instituciones que salpican el texto. A pesar de ello, constituye una excelente muestra del estado de la investigación sobre ciencia y género en España y una lectura recomendable a quienes quieran iniciarse o profundizar en el tema.

TERESA ORTIZ GÓMEZ
Universidad de Granada

Bertha M. GUTIÉRREZ RODILLA. *La ciencia empieza en la palabra. Análisis e historia del lenguaje científico*, Barcelona, Península [Col. Historia, Ciencia, Sociedad, nº 275], 1998, 381 pp. ISBN: 84-8307-150-9 [2.500 ptas.].

No existen muchos especialistas en el panorama científico español con una doble orientación en su formación profesional y que, además, aúnen en su trabajo diario esta doble perspectiva. Si la autora del libro se cuenta entre los pocos profesionales que cumplen estos requisitos, es fácil deducir que la obra que nos ocupa refleje no sólo ese mismo acercamiento interdisciplinar, sino que además añada carácter novedoso al tema. La interdisciplinariedad es la base sobre la que se cimenta todo el conocimiento que contiene este libro. Claro que, para explicar este enfoque, nada mejor que conocer la trayectoria investigadora de Gutiérrez Rodilla; su doble condición de doctora en medicina y licenciada en filología le ha permitido, uniendo sus dos vocaciones, la del científico y la del lingüista, ofrecer una asignatura de libre configuración, novedosa en el panorama académico español, titulada «El lenguaje científico», que viene impartiendo desde el curso 94/95 en la Universidad de Salamanca, con notable éxito de matrícula.

Concebido inicialmente como el desarrollo del programa de la citada asignatura y dirigido a un público muy amplio, este manual abarca todos los aspectos relacionados con el lenguaje científico: documentación, traducción, normalización, historia de la ciencia, lexicografía, y terminología. El manual se ha estructurado en torno a cuatro bloques bien diferenciados entre sí, que constan a su vez de dos o tres capítulos divididos cada uno de ellos en numerosos apartados y subapartados. Desde la necesaria introducción del primer bloque, pasando por el enfoque lingüístico, la perspectiva histórica, la actividad normativa del lenguaje, la traducción y, por último, la documentación científica, en toda la obra se observa el entramado que Gutiérrez Rodilla

ha tejido en torno a las dos disciplinas que fundamentan el contenido de la obra: la historia de la ciencia y la lingüística en su vertiente léxica.

Destaca la ilustración del comienzo de cada capítulo con acertadísimas citas de célebres pensadores de todos los tiempos, tanto del campo de la ciencia como de la lingüística, con un carácter de síntesis que anticipa el contenido del capítulo.

El primer bloque —de los cuatro en los que está dividido el libro— constituye la introducción, tanto desde el punto de vista lingüístico, como de la historia de la ciencia, del tema central del manual. En el primer capítulo, establece la diferencia entre el lenguaje científico y el lenguaje común y señala la importancia que el lenguaje científico concede a la relación conceptual que se establece en las materias de especialidad, porque, no en vano, esta conceptualización ordena el pensamiento y, además, transfiere el conocimiento especializado. Para finalizar, la autora dedica un subapartado muy breve, que desarrollará en el bloque segundo —concretamente en el capítulo tercero— al léxico como elemento distintivo. El segundo capítulo, consagrado íntegramente a la historia del lenguaje científico, recorre, con todo detalle, desde el s. V a. C. hasta el siglo XX, si bien se observa que el mayor volumen de datos pertenece al mundo antiguo (Oriente y Occidente), la Edad Media y el Renacimiento. Si en estos mil setecientos años de historia del léxico científico predominaron indiscutiblemente las formas griegas, latinas y árabes, es a partir de la época moderna cuando las transformaciones sociales, políticas, y económicas determinan el origen del uso de la mayoría de las unidades léxicas.

En el segundo bloque, Gutiérrez Rodilla se introduce de lleno en el análisis de la naturaleza léxica del lenguaje de especialidad. De los tres capítulos que integran este bloque, subrayamos la importancia del segundo, y más extenso con diferencia de todo el manual, titulado *La creación de tecnicismos* centrado en los recursos de formación de léxico utilizados en todo tipo de lenguajes para expresar los nuevos conceptos que al fin y al cabo marcan la evolución del pensamiento humano. El capítulo tercero nos introduce sucintamente en la teoría de la terminología, para concentrarse en los capítulos cuarto y quinto destinados a los recursos de creación y formación de nuevas unidades léxicas, que Gutiérrez Rodilla analiza minuciosamente: creación demiúrgica, eponimia, onomatopeyas, recurso a la lengua común, a las fuentes clásicas, prefijación, sufijación, derivación, composición, complejificación, siglación, acronimia, abreviaturas, símbolos y acortamientos.

Se advierte una clara vocación pedagógica de Gutiérrez Rodilla, ya que, en muchos de los capítulos del manual, hay esquemas, clasificaciones y tipologías,

ya sean de propia cosecha o tomados de otros autores, que sirven para ilustrar, a modo de ejemplo unos, y como cuadros sinópticos otros, aquello que Gutiérrez Rodilla ha considerado más difícil de entender para los lectores. Resultan muy útiles sobre todo en el capítulo cuatro que quizás sea el más complejo del manual. Es en este mismo capítulo en el que la autora ha incluido dos anexos al final del mismo, *Principales elementos prefijales* y *Principales raíces utilizadas en el lenguaje científico*, que no tienen su correspondencia en el índice general del manual y que, a nuestro modo de ver, constituye un error, ya que consideramos que son muy provechosos, y creemos que quizá hubiera sido preferible extraerlos del propio capítulo y consignarlos aparte como verdaderos anexos que son, o al menos crear un apartado en el índice para ellos y de esta forma facilitar su consulta dentro del cuerpo del libro.

Como la propia Gutiérrez Rodilla afirma en la nota 23 de la página 190, ella misma contribuye al caos terminológico existente, estableciendo una nueva tipología de los préstamos que esquematiza en la página 196 y que aclara y explica convenientemente a lo largo de los subapartados 5.2 y 5.3, pertenecientes al capítulo quinto.

El bloque tercero, *Consecuencias de la internacionalización de la ciencia*, nos proporciona una visión histórica del origen, formación y desarrollo, además de los posibles problemas que pueden presentar, de la normalización de las terminologías científicas, de las cuales se nos muestran, a modo de ejemplo y como modelo recomendable, las nomenclaturas química, biológica, astronómica, anatómica, mineralógica, y virológica. Resalta Gutiérrez Rodilla la necesidad de implantar el uso de las nomenclaturas normalizadas en las carreras universitarias, con el fin de que los futuros profesionales de cualquier campo especializado puedan utilizar, en palabras de la propia autora, «un mismo lenguaje preciso, unívoco y universal». Recordamos al lector que la licenciatura española de medicina es la única que incorpora en sus nuevos planes de estudio una materia troncal denominada Terminología médica, que, suponemos, vendrá a paliar este déficit.

Quizá sea la traducción la consecuencia más destacable de la internacionalización de la ciencia; por ello, Gutiérrez Rodilla nos describe el proceso de la traducción, señalando todas las dificultades que podemos encontrar por el camino, además de la influencia negativa que otras lenguas pueden ejercer sobre el lenguaje científico español, si no somos capaces de sortearla.

Para el final ha dejado, constituyendo el cuarto y último bloque del manual, la difusión de la información científica, o lo que es lo mismo, la difusión del conocimiento especializado. La transmisión, comunicación y divul-

gación de los contenidos científicos se enmarcan dentro de la sociedad de la información que, a su vez, los convierte en documentos.

En cuanto a la completísima —veinticinco páginas para ser más exactos— y actualizada bibliografía de autores pertenecientes tanto al campo de la lingüística como al de la ciencia, comentar que ésta aparece dividida y ordenada alfabéticamente para facilitar, esta vez sí, su consulta, y que, para completarla, se incluyen además una cincuentena de obras bajo el lema de citas ocasionales. Hay que decir que abruman, en algunos capítulos, la profusión de citas utilizadas por Gutiérrez Rodilla.

Observamos, ya desde el propio título y subtítulo de la obra, el marcado carácter interdisciplinario que anima a este documento. El título del libro nos anticipa que la ciencia y el léxico especializado constituirán el eje central a partir del cual girará la totalidad del contenido. Insistimos en que la doble orientación convierte a esta completa obra pionera en España —existe bibliografía sobre aspectos parciales del lenguaje científico, pero no existía hasta el momento ninguna obra de conjunto— en una novedad que está siendo, nos consta, muy bien recibida entre los profesionales dedicados al estudio del lenguaje científico.

Para terminar, decir que, tal y como se expresa en la contraportada, la obra persigue el doble objetivo de despertar el interés en los científicos de la lengua que utilizan todos los días, en sus tareas docentes e investigadoras y hacer una llamada de atención a los lingüistas sobre una variedad del lenguaje frecuentemente olvidada. En nuestra opinión, el objetivo se ha cumplido sobradamente.

ROSA CASTRO PRIETO

Departamento de Lingüística Aplicada, Universidad de Granada

Francisco Javier RODRÍGUEZ ALCÁZAR; Rosa María MEDINA DOMÉNECH; Jesús SÁNCHEZ CAZORLA (eds.). *Ciencia, tecnología y sociedad: contribuciones para una cultura de la paz*, Granada, Universidad de Granada/Instituto de la Paz y los Conflictos [Colección Eirene], 1997, 370 pp. ISBN: 84-338-2370-1 [2.500 ptas.].

La reflexión acerca de las relaciones de la ciencia y la tecnología con las sociedades en las que se producen no es un fenómeno nuevo. Mientras que en filosofía de la ciencia y sociología del conocimiento científico los análisis

contextuales comenzaron a generalizarse hace unos veinte años, otras comunidades como la de los historiadores de la ciencia llevan bastante más tiempo preguntándose qué puede tener que ver la ciencia con las necesidades, preocupaciones, anhelos y enfermedades sociales. En los últimos tiempos, la aparición de «ciencia, tecnología y sociedad» (CTS) como campo disciplinar ha reunido muy diversos tipos de especialistas en ciencia y tecnología que, desde sus particulares tradiciones (filosofía, sociología, historia, teoría política, ética, educación...), habían ido enfocando su trabajo hacia un objetivo susceptible de ser interpretado de modos diversos: el de explorar las relaciones entre la ciencia, la tecnología y la sociedad. Se trata ésta de una tarea que el sentido común dicta como urgente en un mundo crecientemente dominado por el desarrollo científico-tecnológico, y en el que la tecnología aparece como la principal mediadora de las transformaciones más revolucionarias que se avecinan (la revolución de la información, la revolución de la biotecnología...). Renunciar a analizar las relaciones de la ciencia y la tecnología con la sociedad sería entonces renunciar a analizar las claves de nuestras sociedades contemporáneas. Sin embargo, la cristalización de «ciencia, tecnología y sociedad» como ámbito de estudio no ha llevado asociada una homogeneización de objetivos, intereses, enfoques y contenidos; un estado de cosas que no debería percibirse necesariamente como preocupante. Como se nos dice en uno de los artículos de este libro (López Cerezo y Luján López), no se trata tanto de imponer un consenso forzado como de promover un disenso constructivo, algo de lo que dan fe la pluralidad de enfoques adoptados en los textos que se recogen en este volumen.

El punto de partida es el de la investigación sobre la paz, una paz que Sánchez Cazorla define de un modo amplio como el «proceso que permite ir promoviendo y facilitando la satisfacción de las necesidades humanas básicas» (p. 16). Así caracterizada la paz, a la ciencia y la tecnología les corresponde un importante papel en su consecución. En efecto, la ciencia y la tecnología han sido a menudo definidas por su capacidad de dar satisfacción a necesidades humanas, básicas o percibidas, de conocer y controlar, de mejorar las condiciones de vida o explicar los secretos del universo. A partir del núcleo común que Sánchez Cazorla expone en el artículo inicial, se despliega un heterogéneo arsenal de análisis que constituyen en conjunto una excelente introducción a la diversidad de temas y enfoques que se engloban habitualmente bajo la etiqueta de CTS.

Los ensayos que constituyen la primera parte del libro sientan las bases teóricas de los análisis CTS cubriendo de un modo bastante exhaustivo el campo de cuestiones suscitadas al pensar la ciencia y la tecnología como

productos y procesos sociales. La viabilidad y pertinencia de los enfoques CTS pasa por una argumentación a favor del carácter situado de la ciencia y la tecnología. Rodríguez Alcázar y Sánchez Millán contribuyen a esta fundamentación criticando, desde la filosofía, los mitos de la neutralidad de la ciencia y de una racionalidad científica libre de valores. La contribución de López Cerezo y Luján López insiste sobre este punto tomando como foco de análisis la ubicuidad de la controversia: controversias dentro de la ciencia y controversias acerca de la ciencia, cuyos mecanismos de resolución trascienden el estrecho ámbito de la racionalidad entendida al modo tradicional.

Junto a estas cuestiones básicas encontramos un cuidadoso tratamiento de otros aspectos menos habituales en los textos de CTS, aunque de crucial relevancia. Así, los estudios de retórica aplicados a los textos científicos, como argumenta Medina Doménech, son un potente instrumento para mostrar cómo se constituyen y sostienen los mitos de la neutralidad y la autonomía de la empresa científico-tecnológica. Del mismo modo, si hay algún lugar privilegiado desde el que argumentar la necesidad de contextualización del estudio de la ciencia, éste es sin duda el de una historia de la ciencia en la que se evite el presentismo y la linealidad forzada. El artículo de Moreno Rodríguez ejemplifica la importancia del material histórico para ilustrar las relaciones CTS. Un aspecto especialmente interesante es el que liga a la ciencia y la tecnología con cuestiones de género: Ortiz Gómez plantea cómo los análisis de género exploran algunas cuestiones cruciales en el campo CTS, tanto históricas, como sociológicas y epistemológicas. El bloque inicial se cierra con una reflexión acerca de la presentación de la ciencia y la tecnología al público no experto. Butler analiza la imagen de la ciencia y la tecnología que se transmite en los museos de ciencia, abogando por una visión menos triunfalista y más socialmente orientada de la que habitualmente destilan estos escaparates privilegiados de los avances científico-tecnológicos.

Desde enfoques muy diversos y en cierto modo complementarios, estos ensayos muestran la fecundidad de un tratamiento multidisciplinar de las relaciones ciencia-tecnología-sociedad, y suponen además una muestra de lo injustificadas de muchas de las críticas que desde los marcos disciplinares tradicionales se vierten contra el estudio social de la ciencia y la tecnología. Lejos de tratarse de propuestas teóricas insensatas, en las que se defiende osadamente el carácter socialmente construido de la ciencia y la tecnología a través de procesos de negociación entre intereses diversos, todos los autores tienen un cuidado especial en matizar sus posturas ofreciendo versiones sutiles de la impronta social en los productos de la ciencia y la tecnología, evitando un relativismo radical que no sería una estrategia ventajosa para los objetivos de CTS.

Esta actitud de contención del radicalismo epistemológico también anima la serie de artículos recogidos en la segunda parte del libro, donde se analizan diversos procesos tecnológicos bajo la propuesta compartida de promover la participación pública en su desarrollo. Se trata de temas de actualidad que recorren las tecnologías de uso militar (Sützl), de la información (Agar), las biotecnologías (Moreno, Iáñez y Porras) y la transferencia tecnológica a los países periféricos (Santander). Si bien los temas escogidos suponen una selección de las controversias recientes más relevantes, la exclusiva atención a procesos tecnológicos produce quizá cierto desequilibrio en relación con la primera parte teórica, que se había centrado básicamente en la reflexión sobre el fenómeno científico. La estrecha interdependencia de la ciencia y la tecnología contemporáneas, sin embargo, suavizan esta asimetría de tal modo que las bases teóricas defendidas en la primera parte pueden observarse aquí en funcionamiento y se utilizan para defender la participación de los no expertos en procesos que actúan sobre nuestras formas de vida; sin olvidar que son, a su vez, procesos socialmente mediados, algo que habitualmente tiende a dejarse de lado cuando la discusión deriva hacia los «efectos» o las «revoluciones tecnológicas», como nos recuerda Jon Agar en el ensayo sobre las tecnologías de la información.

Se trata, en definitiva, de un libro plural y sugerente, que constituye una excelente introducción a los temas CTS y enriquece considerablemente el todavía escaso panorama bibliográfico en castellano sobre uno de los temas claves de nuestro mundo contemporáneo.

MARTA I. GONZÁLEZ GARCÍA
Universidad Carlos III

Jackie STACEY. *Teratologies. A Cultural Study of Cancer*, London. Routledge, 1997, 290 pp. ISBN: 0-415-14960-6 (Pb), 0415149592 (Hb) [£ 45.00].

Esta aproximación inusual al cáncer empieza y termina con una confesión. Su autora se mueve entre la necesidad de contar su propia historia, una necesidad que le resulta «intelectualmente fascinante», y la de escribir como manifestación de lo más trófico, como señal de curación. A partir de esta toma de postura, el libro se presenta con marcada vocación interdisciplinar (biología, historia, cine, feminismo...) alternando relatos de una apasionada sinceridad, dura y descarnada, con indagaciones académicas ricas en miradas provocadoras y sorprendentes. Es, ante todo y pese a todo, una obra escrita en primera

DYNAMIS. Acta Hisp. Med. Sci. Hist. Illus. 2000, 20, 553-598.

persona. Jackie Stacey es en la actualidad *reader* en un Departamento de Sociología de la Universidad de Lancaster, en el Reino Unido. Su trayectoria profesional puede enmarcarse en la intersección entre estudios feministas y culturales y, especialmente, en cultura visual.

La literatura en torno al cáncer, en sus múltiples facetas, es muy abundante, expresión de la elevada carga de preocupación social que despierta dicho problema. Son frecuentes los relatos de personas que padecen o han padecido la enfermedad y que se aventuran a narrar sus experiencias, en el contexto de grupos de autoayuda, para arropar a otras en su misma situación. En gran medida, este estudio inscrito en los estudios culturales utiliza la vivencia de la autora (diagnosticada y tratada mediante cirugía y quimioterapia por un tumor ovárico), sus reflexiones y recuerdos, como trabajo de campo que cede como material de análisis a sus propias referencias formativas para construir nuevas teorías o rebatir ideas preconcebidas. El interés de la autora por este tipo de relatos de autoayuda es marginal e incluso ironiza sobre ellos, aunque la constante presencia del dolor o la muerte estimulará sin duda a otras personas enfermas a emprender su lectura.

Existen dos aspectos relacionados con la forma del texto que, a mi juicio, merece la pena destacar. En muchos pasajes, la autora parte de material escrito por ella misma durante su enfermedad con el que nos acerca al problema concreto y nos invita a acompañarla en la reelaboración y contextualización que hace posteriormente. Esta técnica de escritura-reelaboración ayuda narrativamente a no perder de vista las cuestiones centrales. De otro lado, la línea discursiva sorprende por su frescura y observamos cómo argumentos conocidos o lógicos desembocan en propuestas novedosas o estimulantes.

La obra se articula en ocho capítulos de los que el primero de ellos (*Héroes*) es una amplia introducción cuyo título parece haber sido escogido con intencionalidad. Si la cultura occidental nos hace pensar en nuestras vidas como historias llenas de coherencia (crisis, rescate, recuperación), la llegada de enfermedades como el cáncer o el SIDA suponen una «fractura de la narración» que generará una ingente cantidad de fantasías heroicas de recuperación y cura. *Teratologías* es para la autora la serie de «cuentos de monstruos y milagros que impregnan el imaginario popular en las subculturas del cáncer» (p.10). Héroes culturalmente masculinos, como la propia ciencia racionalizadora, enfrentados al cáncer como metáfora de caos, destrucción y manifestación física monstruosa.

Esta estructura narrativa (heroica), paradójicamente, está tan presente en las lecturas que se hacen desde la biomedicina como desde medicinas alterna-

tivas (*self-health*): héroes que luchan contra un inesperado enemigo. Jackie Stacey intenta conscientemente huir de esta tentación narrativa aunque asume la simbología cultural que tiene, también para ella, el acto de escribir: la inmortalidad. La ambivalencia, presente en toda la obra, es asumida sin demasiadas escaramuzas.

En los capítulos segundo y tercero, se abordan los miedos y tabúes que rodean al cáncer. Existe algo maldito e inconfesable en algunas enfermedades socialmente estigmatizadas. En efecto, las enfermedades cardíacas no representan para nosotros lo mismo, pese a ser igualmente frecuentes y letales. El cáncer evoca horror y la defensa social frente a él se estructura en torno a la consideración de tabú. El silencio que le rodea, como el que se produce en torno a ciertas «desviaciones sexuales» (lesbianismo), es el imperativo cultural del secreto, la negación. Siguiendo a Douglas (1996) y a Grosz (1992), los tabúes sirven para distinguir y demarcar los límites donde ciertos objetos que desechamos («abyectos») pueden ser colocados. De alguna manera, esta negación supone también un castigo a esta trasgresión. Lo característico de estos objetos sociales que constituyen los tabúes, es que, como en el caso del cáncer, no provienen de fuera, no son el resultado de una invasión. Son, por así decir, el producto de una perversión de nosotros mismos. La respuesta social es la expulsión de todo lo que amenace la coherencia social y la mejor manera de hacerlo es mediante el silencio. En efecto, el cáncer está lleno de silencios.

En un interesante juego de analogías, la división celular origen de la vida es, también, el origen de la disgregación y la muerte. La célula tumoral, se dice, ha perdido su diferenciación, invade y no respeta límites. En esta especulación, entre lo diferenciado y lo des-diferenciado, el remedio empleado para combatirla, la quimioterapia representa un verdadero ritual de purificación («el cuerpo se llena de veneno») para salvarse. Desde luego, son metáforas en las que reconocemos la experiencia de lo que sentimos y observamos frente al paciente con cáncer.

En ocasiones Jackie Stacey usa argumentos históricos para apoyar su discurso (Foucault es citado con frecuencia) en torno a la manera de entender la relación médico-paciente, que ella refleja cuidadosamente. El relato de su proceso diagnóstico (p. 105) no tiene desperdicio: los mensajes, las esperas, las formas, la ambigüedad. Toda esta experiencia confirma la lectura feminista del saber médico (masculinidad como racionalidad y feminidad como emoción), así como la separación cuerpo-mente presente en la biomedicina actual.

En el capítulo quinto, la autora eleva el tono argumental y nos introduce de manera decidida en una lectura más social y cultural de la ciencia médica.

Señala con lucidez cómo pese a la envoltura «natural» con que pretenden mostrarnos los fenómenos científicos, estos son, en realidad, búsquedas constantes de coherencia y adaptación al momento sociocultural. Así, la enfermedad y sobre todo el cuerpo, en la actualidad, pasan a ser considerados desde el análisis celular. «Los valores y metáforas al uso hacen referencia tanto al orden social y cultural (individuo) como biológico (célula)». De esta forma, en la medicina actual, la «categoría celular» es capital para la «representación» de la biología del cuerpo y la enfermedad, como la taxonomía de los signos y síntomas lo fue para la medicina clasificatoria. Siguiendo una lectura postmoderna, el poder de la representación, la visualización de nuestro interior y la agrupación en sistemas informativos de la realidad (Haraway, 1982) guía una idea de nosotros mismos, de nuestros cuerpos, no ya como máquinas, sino como sistemas.

La conjunción de la idea de célula como centro de la persona (célula personificada, la llama) y de sistema, sintoniza perfectamente con el desarrollo del concepto de inmunidad y del sistema inmunitario, capaz de reconocer lo externo y lo interno (otra dualidad) como garante de integridad (salud) y como camino para recuperar la salud. El cuerpo es «visualizado» como un sistema unitario de información que conecta diferentes aspectos del yo (espiritual, emocional y físico). El paciente puede utilizar el canal de comunicación mente/cuerpo (sistema inmune) para influir en su curación. De esta idea de cuerpo como «sistema autorregulado» participa tanto la biomedicina como las opciones alternativas.

Ya que el cáncer está en nosotros, ya que nuestro sistema inmune no es capaz de destruir el producto «des-diferenciado» de nosotros mismos, la energía del paciente debe dirigirse a convertirse en un «experto de él mismo»: saber lo que come, por qué, cuánto, a qué va a dedicar su tiempo cada día, todo ayudará a su curación. Como señala Siegel (1986) «participar en cualquier programa de tratamiento de cáncer (convencional o alternativo) es embarcarse en un proyecto de autogestión». Cuando esto no puede sobrellevarse acabará en un sentido profundo de fallo. Este esquema está muy presente en la medicina actual. Cuando ya no hay tratamientos posibles, cuando el paciente no se recupera de la yatrogenia, los profesionales pierden el interés sobre él. El discurso de la esperanza y del énfasis en la voluntad tiene sus límites (cap. 6). Finalmente, esta interpretación autopatogénica, hace cambiar el sentido de lo preventivo, centrado en los factores genéticos y estilos de vida, y configura una organización distinta de los propios sistemas sanitarios.

Siguiendo este orden de cosas, cabe preguntarse ¿De quién es la responsabilidad sobre la salud? ¿Cual es el papel del estado? (Capítulo 7). A través de

un doble relato, el personal en la decisión de recibir o no tratamiento para su tumor y el del estado en boca de Margaret Thatcher (p. 210), nos plantea Jackie Stacey la perversión a que puede llegar tanto el discurso de la participación de los pacientes, como el movimiento de los nuevos derechos (*New Rights*). El primero, capaz de llevar a la soledad al enfermo que libera así al profesional de su tarea de acompañamiento y, el segundo, asumiendo una sociedad hiperindividual, en una economía de mercado, supuestamente sensible con las necesidades de los ciudadanos.

La salud, convertida en el nuevo lugar de salvación (Crawford, 1989), configura la actual moral ciudadana con marcadas consecuencias también económicas. La obligación de estar sano coincide con el auge de la medicina privada y de agencias que nos ayudarán a mantener esta tendencia saludable, en el vestir, en el comer y en todo lo que abarca nuestro estilo de vida. El conocimiento científico y la medicina toman un enorme valor instrumental en esta transformación, no asisten de forma pasiva. La crisis de legitimidad del conocimiento biomédico se ha acompañado de lo que Jackie Stacey llama la profesionalización o neolegitimación del paciente a través del desarrollo de la responsabilidad individual sobre la salud. Perseguir el conocimiento y salvar la humanidad son los nuevos esloganes. La pregunta ya no es tanto si es verdad, sino si es útil, vendible y eficiente.

En resumen, el objeto central de estudio de este libro es el cáncer del que interesa a su autora no sólo, o no tanto, el fenómeno físico, esto es la enfermedad como proceso, sino lo que representa como simbología social y cultural. El «cuerpo enfermo» y su significado, es el verdadero hilo conductor de toda la obra. El enfrentamiento de ideas contrapuestas y duales como método de análisis (cuerpo/psique, biomedicina/medicinas alternativas, biología/cultural, hombre/mujer) aporta una cercanía y clarificación que disipa la dificultad de la lectura de este texto, en cualquier caso, complejo.

JOSÉ EXPÓSITO HERNÁNDEZ
Oncólogo, Hospital Virgen de las Nieves, Granada

Fatimah TOBING RONI. *The Third Eye. Race, Cinema and Ethnographic Spectacle*. Durham, London, Duke University Press, 1996, 300 pp. ISBN: 0-8223-1840-7 [USA \$ 18.95].

Publicado en 1996 y reeditado dos años después, el texto de Fatimah Tobing Roni puede considerarse ya un clásico de los estudios culturales.

DYNAMIS. Acta Hisp. Med. Sci. Hist. Illus. 2000, 20, 553-598.

Si se tiene la paciencia de desglosar el dialecto disciplinar y entrar en el escogido inglés que utiliza la autora, este texto oferta una contribución clave no sólo al estudio de la cuestión colonial. El texto se halla en la encrucijada de la semiótica, los estudios culturales, la historia, o el análisis cinematográfico, que tan fructíferamente vienen desarrollando algunos cultivadores de los estudios culturales. El texto problematiza una herramienta utilizada por la antropología para legitimar su carácter científico, el cine. También es una reflexión sobre el sentido de dos disciplinas cercanas, la antropología y la historia. Como historiadora me interesa este tipo de aproximaciones por su valor revelador en la difícil tarea de aprender a leer los textos más allá de lo aparente. Creo que estas fórmulas interdisciplinarias alivian los rigores metodológicos más pesados en los que hemos sido entrenadas y entrenados para refrescar y vigorizar nuestra mirada intelectual, sin por ello perderse, al menos en el texto que nos ocupa, los criterios que permiten reconocer un buen trabajo académico. En este sentido, también será del gusto de los historiadores el empleo que hace la autora de numerosas fuentes fílmicas y su rica contextualización. Por último, señalar algo que con los tiempos que corren es digno de mención, el libro es muy entretenido.

La opción por un título como *El tercer ojo* orienta su lectura. Con ello la autora señala la experiencia de vernos a nosotros mismos como objeto. Miramos las películas para encontrar imágenes nuestras y nos encontramos al vernos reflejados en los ojos de otros (p. 4). Con esta idea de base, el libro trata de analizar las representaciones que el cine, entendido como práctica social, fue generando a lo largo del primer tercio de este siglo sobre el cuerpo colonizado.

Tobing Roni plantea tres modalidades de representación etnográfica que sirven para vertebrar la obra: Inscripción, Taxidermia y Teratología.

En el apartado dedicado a Inscripción (definida como *writing of race on film*) se presenta una modalidad de representación del cuerpo del indígena en movimiento, percibido como «datos brutos» del laboratorio, para un espectador entrenado científicamente y capaz de desglosar el *langage par gestes*. Esta representación emerge del análisis del protocine científico positivista (cronofotografía) de finales de siglo XIX, llevado a cabo por el fisiólogo Felix Regnault. Un buen ejemplo para indagar en las conexiones íntimas entre la medicina, interesada en lo patológico, y la naciente antropología, interesada por la raza. Como señala la autora, el deseo de reconocer lo diferente y de establecer imágenes que permitieran la rápida identificación de lo patológico, definieron los orígenes de la antropología. El cine para Regnault era una tecnología fundamental de la ciencia positivista —*it provides exact and permanent*

documents to those who study movements (p. 47)—. Regnault despliega en estas películas antropológicas sus ideas de jerarquía racial sobre el movimiento pues, para el fisiólogo, los nativos no poseían lenguaje, su lenguaje sería el de los gestos, anterior al hablado. La consecuencia directa de esta práctica de representación que otorga a los nativos el significado de especímenes («etnografización») es la «deshistorización», es decir el despojamiento de su carácter de sujetos históricos. Esta imagen racializada no siempre era despectiva. En ocasiones se transmitía una noción noble del nativo, pero noble, salvaje o auténtico, la imagen racializada fue un resultado de la imaginación taxonomista de la antropología y el cine.

Es conveniente resaltar que las tecnologías visuales —museos, exposiciones o cine— son auténticas máquinas de significación que ayudaban y ayudan a definir qué significa ser europeo tanto como lo que significaba ser africano o asiático. En este sentido, los medios audiovisuales han desempeñado un papel clave en la narrativa evolucionista y jerarquizada sobre las razas.

En el bloque titulado Taxidermia se presenta una modalidad de representación que difundió una visión romántica de lo primitivo, no contaminado por la civilización occidental, habitante de un tiempo anterior al histórico. Pero, como indica la palabra taxidermia, que Roni toma de Donna Haraway, el cuerpo del nativo en extinción es devuelto a la vida disecado (reconstrucción taxidermista). Frente a la inscripción, mostrar la vida real de la población, con la taxidermia se escenifica la vida pasada. El pasado se presenta como inocente y pintoresco y se niega todo carácter histórico a los miembros de estas comunidades culturales. Se ocultan las luchas contra los gobiernos coloniales o la problemática incorporación de los modos de vida occidentales. Se reconstruye (escenifica) lo etnográfico para parecer más real ante la audiencia, aún sosteniendo la ficción filmica de que la filmación no alteraba la realidad. Esa percepción de la extinción inevitable del nativo contribuyó a la justificación del dominio colonial e ideológico. Taxidermia cinematográfica, lo que va a perderse se fija, se clasifica, se disecciona, la cámara y la caza quedan así vinculadas. El carácter coleccionista de la etnografía debió mucho a la medicina. Las colecciones eran pruebas (signos clínicos) de culturas inherentemente patológicas. Como en medicina, lo anormal era el objeto de investigación etnográfica. Esta elaboración que he tratado de resumir la sustenta Tobing Roni en el análisis del film de Robert Flaherty *Nanook of the North* (1922) sobre la etnia Inuit del norte de Quebec, en más de veinte películas de viajes, y en el archivo de Edward Sheriff Curtiss, fotógrafo de indios norteamericanos. *Nanook...* sirve, sobre todo, para una revisión crítica sobre la metodología antropológica de la observación participante, cuya atracción reside, precisamente, en hacernos

creer que el etnógrafo no muestra lo que él ve sino como se ve el nativo a sí mismo. Tobing Roni recupera la respuesta al film de Flaherty, hacia la década de los ochenta, y la apropiación (*empowerment*) de las propias comunidades Inuit que mediante reconstrucción histórica mostraron un pasado no disecado sino plenamente histórico (*Starting Fire with Gunpower* de David Poisey y *Qaggiq/The gathering place* de Zacharias Kunuk y Norman Cohn).

En la sección Teratologías (estudio de la monstruosidad) usa la autora películas sobre razas y un análisis de la primera versión del clásico *King Kong* de Merian C. Cooper y Ernest B. Schoedsack (1933). Frente a las categorías del género de glorificación del gran cazador blanco o del romanticismo etnográfico que mostraba al nativo con una imagen simplista del pasado salvaje, *King Kong* y en cierta forma, *Tabú* (1931) reflejan lo monstruoso causado por el enfrentamiento entre lo etnográfico y lo histórico. Es en esta modalidad de expresión de las películas sobre razas donde se revela la contribución de la antropología a esa idea cultural de redención de un occidente culpable de su imperialismo y colonización, mediante la mitificación del primitivismo. Tobing Roni deconstruye los trabajos de la antropóloga Margaret Mead en la que encuentra una artifice del discurso sobre la monstruosidad de los nativos. En 1936, Mead fue a Bali a estudiar algunos rituales financiada por un Comité de Investigación de la Demencia Precoz. La antropóloga difundió una imagen patologizada sobre los balineses al adjudicarles un carácter esquizoide (*Trance and dance in Bali*, 1936), a la vez que desplegaba la retórica del paraíso perdido propia de la propaganda turística y colonial («balinización») y participaba de una percepción histórica eurocéntrica —«*History was for Mead one of progress, expansion, exploration and benign colonization*» (p. 194) —.

El film *King Kong* que usó el mono como un sustituto silencioso del nativo, representa la conversión de lo etnográfico en monstruoso al enfrentarse al tiempo moderno (histórico). *King Kong* es el híbrido que transita las barreras culturales y cuyo fin no puede ser otro que su exterminio para triunfo del orden moderno, como en su día sucedió con el joven africano Ota Benga tras años de ser exhibido en un zoo. Queda así representado el cuerpo del nativo como un lugar de colisión catastrófica entre el pasado y el presente, entre lo animal y lo humano. De esta colisión se hicieron eco las vanguardias artísticas, recuerdo aquí las resonancias con el texto magistral de Kafka sobre la simiedad en su *Informe para la Academia* (1917).

Atribuyo ciertas repeticiones y una estructuración del texto posiblemente mejorable a la circularidad necesaria para introducir conceptos abstractos y teóricos arriesgados, a las dificultades inherentes al enlace conveniente entre teoría y trabajo empírico, y al propio carácter híbrido del texto.

Como conclusión baste citar la ambiciosa alternativa que propone Fatimah Tobing Roni a la historia eurocéntrica: «se trataría de hacer una historia compuesta de múltiples historias, la historia de la racionalización, la historia de los colectivos, la historia de los individuos (...) La historia es un medio de dar voz presente al pasado, un acto de afirmación de los desposeídos, un medio de proporcionar testigos para el futuro.» (p. 218). Un texto comprometido de principio a fin.

ROSA MARÍA MEDINA DOMÉNECH
Universidad de Granada